

CRISTIANIDAD



85

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO IV

1 OCTUBRE

1947

En este mes de octubre ocurre el aniversario de la muerte, en 1902, de Contardo Ferrini, recientemente beatificado por S. S. Pío XII. Ferrini, ilustre Catedrático de Derecho Romano, se ofrece como ejemplo a los universitarios católicos. «Ningún universitario mejor que Ferrini —ha dicho el P. Gemelli— puede hablar con su vida un lenguaje elocuente a los universitarios . . . porque él habla no sólo con sus palabras, sino con la elocuencia de una vida entera».

El viene a ser para los universitarios el modelo de aquella «síntesis de la Religión y de la vida» que es esencial a toda cultura que se precie de cristiana.

«En un tiempo en que el mundo, separado de Dios —dice el Papa en el discurso con motivo de su beatificación— parece como que se hace impermeable a todo influjo divino, en un tiempo en que algunos sistemas filosóficos deliberadamente procuran edificar sobre la arena una moral y un derecho sin Dios, Nos es de gran consuelo que el Señor haya dado a la Iglesia un Beato, que fué un maestro, una eminencia en el campo del Derecho, pero que al mismo tiempo, fué un hombre de Dios, un modelo admirable por la elevación sobrenatural de su espíritu y por la santidad de su vida».

Recogiendo la frase de Pío XII, el **Editorial** desarrolla el tema: **Santidad en la cátedra.**

Sección «**Del tesoro perenne**»: **Discurso del Papa sobre la vida, méritos científicos, virtud y ejemplos del Beato Contardo Ferrini** (págs. 418 a 421).

Sección «**Plura ut unum**»: **Contardo Ferrini, el universitario santo**, por el catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Murcia, Isidoro Martín (págs. 422 a 432).

Sección «**De actualidad**»: **Las «Conversaciones Católicas Internacionales» de San Sebastián**, por J. O. C. (páginas 433 y 434); **La conspiración comunista (III)**, por Luis F. Budenz (págs. 434 y 435); **Los libros de los desertores comunistas**, por Antonio Garmendia (págs. 438 y 439).

Sección «**A la luz del Vaticano**»: **El discurso del señor Truman en la Conferencia de Petrópolis**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 436 a 438).

Sección de «**Orientaciones Bibliográficas**» (pág. 440).

Ilustran el presente número dibujos debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday.



MISION

REVISTA DE ACTUALIDAD MUNDIAL

MADRID

Reservado

F. B.

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 70'00 ptas.

Semestral . 35'00 "

Trimestral . 18'00 "

Número ordinario, 3'50 pesetas

Encuadernación . 25 ptas.

Tapas sueltas . . 20 >

LECTOR:

Varios Padres Misioneros españoles, que en las lejanas tierras de la India han conocido nuestra Revista, son grandes entusiastas de **CRISTIANDAD**

¿Quieres costear su suscripción?

Telefona al n.º **22446**, y se te dará el nombre de tu favorecido

CRISTIANDAD

NÚMERO 85 - AÑO IV

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22448
BARCELONA

1 de Octubre de 1947

Cruz, 1, 1.º - Teléf. 222587
MADRID

Santidad en la cátedra

«*La santidad en la cátedra*». He aquí lo que representa hoy Contardo Ferrini, que ha sabido realizar en nuestros días la «síntesis de la religión y de la vida» que Pío XII nos proponía recientemente como remedio e ideal.

Una síntesis, no una yuxtaposición. Pero entonces cabe preguntarse: ¿Qué repercusiones pudo tener el primero de estos caracteres —el heroísmo en ser fiel al espíritu— sobre su condición de catedrático, sobre su vida de magisterio? La mayor posible, porque siempre —pero más especialmente en las disciplinas que tienen por objeto al hombre y su destino— es condición de acierto en el camino de la verdad tener el corazón bien dispuesto.

No se estudia o enseña Historia, o Filosofía, o Derecho verdaderamente tales, o dicho de otra manera: no se enseña la verdad en Historia, o en Derecho, o en Filosofía si nuestro corazón no está previamente rectificado, si no se ama sinceramente la verdad y el bien, y se aborrece el mal y el sofisma.

El corazón debe tomar parte en estas ciencias, y por consiguiente un falso concepto de objetividad debe ser rechazado: el que nos llevaría a creer que la condición de investigador y de maestro exige la «imparcialidad», el no pertenecer a ninguno de los partidos en lucha. Salomón fingió adoptar esta actitud en el juicio por el que su sabiduría se ha hecho célebre en la historia, fingió tomar esta actitud de dividir algo rigurosamente indivisible, seguro de que el corazón de la verdadera madre estallaría antes de permitirlo.

Repitámoslo. Puede que haya disciplinas que el hombre puede cultivar desde fuera, en condición de mero «espectador», esta orgullosa actitud de ninguna manera es posible en humanidades. El que aborda su estudio, compromete necesariamente en pro de un partido u otro su persona misma, no podrá nunca adoptar una imparcialidad de indiferencia, fuera locura intentarlo porque es una experiencia que nuestra naturaleza no puede soportar.

Sostener lo contrario ha sido el odioso sofisma liberal, con el que se ha conseguido disfrazar un juego anticatólico. Lo que hay que procurar, lo que la verdadera ciencia exige, no es que el corazón se inhiba, sino que sea recto, que ame lo que hay que amar y aborrezca lo que hay que aborrecer con todas sus fuerzas.

Muchas actitudes incomprensibles, muchas dudas y vacilaciones, muchas falsas modestias se explicarían si tuviésemos esto en cuenta.

«*Non intratur in veritatem nisi per charitatem*», no se penetra en la verdad si no por la caridad. Es decir: si el amor de amistad con Dios y con todo aquello que Dios ama (el cual —no lo olvidemos— es correlativo del odio para todo aquello que Dios odia) no ha rectificado previamente nuestras voluntades y las intenciones que las impulsan.

No hace falta conocer la obra científica de Contardo Ferrini para tener confianza en ella: su santidad es garantía objetiva suficiente. Podrá, ¿qué duda cabe? haber en ella elementos superables: no habrá estas fulguraciones a cuya llama tantos espíritus van a quemarse las alas. Creemos en la ciencia de Contardo Ferrini, y más aún creemos en su sabiduría, ya que la sabiduría, es decir, el hábito intelectual que nos hace juzgar de las cosas según la mente de Dios, es compañera inseparable de la caridad, es algo connatura para el amigo de Dios, para quien está compenetrado con El.

Ciencia y sabiduría: dos nombres a los que responden, a la vez, dos virtudes intelectuales y dos dones del Espíritu Santo. En uno y en otro sentido, es urgente verlos señorear en las cátedras. ¿No se hace expresión de esta necesidad el Pontífice reinante cuando exclama que «la hora de los Universitarios católicos ha sonado»?



VIDA, MERITOS CIENTIFICOS, VIRTUD Y EJEMPLOS DEL BEATO CONTARDO FERRINI

(Discurso del Padre Santo a los peregrinos llegados a Roma para asistir a la beatificación)

Con ocasión de la audiencia concedida por el Padre Santo el 6 de abril a los peregrinos llegados a Roma para asistir a la beatificación de Contardo Ferrini, Su Santidad Pío XII les dirigió un discurso, cuyo texto íntegro ofrecemos a nuestros lectores:

«Os saludamos con singular agrado, ilustres profesores y amados hijos, que habéis venido a esta Ciudad Eterna, madre del derecho, para venerar al nuevo beato Contardo Ferrini, honor de las universidades italianas y espejo de vida cristiana, que apareció en el mundo para resplandecer como brillante ejemplo de ciencia y de virtud en los ateneos del saber.

»Ha sido, pues, muy oportuna la iniciativa de la benemérita Universidad Católica del Sagrado Corazón de promover esta causa de beatificación, porque nuestro Contardo fué insigne en la ciencia y en la fe; en aquella ciencia que no es contraria a la fe, sino que le sirvió de escala para elevarse más alto hacia Dios y la religión de sus padres, abrazando como en una síntesis de su vida la ciencia humana y la ciencia religiosa, para apoyarse finalmente en otra ciencia supraeminente, la ciencia de la caridad de Cristo: «Scire etiam supereminenter scientiae caritatem Christi» (Eph. III, 19). Ciencia humana, ciencia religiosa y ciencia de la caridad de Cristo. He aquí los escalones del genio, de las virtudes y de la santidad de Contardo. Pero la santidad tiene también un maestro, aquel Maestro que dijo a sus apóstoles: «Magister vester unus est Christus»: Uno es vuestro maestro: Cristo (Mat. 23-10); y, efectivamente, en la escuela de Cristo, Contardo aprendió el valor del mundo y del alma y echó los cimientos de aquel íntimo edificio espiritual, que fué elevando en los años de su vida, vida breve, pero laboriosísima.

»El había comprendido que el hombre es un «ens finitum quod tendit ad infinitum»: Ser finito que tiende al infinito (Contardo Ferrini, «Un poco de infinito»); que tiene un alma inmortal, la cual atraviesa el abismo que separa al mundo material del espiritual y, separándose del cuerpo, vuela para posarse en las orillas de la eternidad ante la mirada y ante el juicio de Dios. En tan elevada meta tuvo él siempre puestos los ojos, lo mismo que el pensamiento, durante su paso por la tierra, nutriéndose a lo largo del camino con el alimento del saber y de la ciencia humana, histórica y jurídica, pero usando también, como alimento vital y substancial de su espíritu, la piedad y las virtudes bebidas en la revelación divina para identificarse con Cristo en el fuego de su caridad.

FORMACION CIENTIFICA DEL NUEVO BEATO

«Cor sapientis quaerit doctrinam»: La inteligencia del prudente busca la sabiduría (Proverbios, 15-14). Este dicho de la Sagrada Escritura brilla como estrella polar en la vida y en las obras de Ferrini cuando era joven estudiante de Derecho. Apenas había acabado con

feliz éxito los estudios secundarios, se dedicó con asiduo cuidado a la ciencia propiamente dicha. En una edad en la que otros no raramente comienzan dándose a la despreocupación estudiantil y a los excesos de la libertad universitaria, que con tanta frecuencia derrochan sus mejores años, y sus fuerzas mejores, Ferrini se dedicó en seguida al estudio con raro fervor. Bien pronto se manifestó en él una notable tendencia a la investigación científica, incluso en un campo que puede parecer, a quien no conoce sus bellezas, una cosa árida, separada del mundo y contraindicada para la juventud; en un campo que al estudiante, el cual debe tener en cuenta su propia colocación en la vida, no promete sino escasos rendimientos exteriores: Nos estamos refiriendo al campo de la investigación de las fuentes y de la historia del Derecho Romano. Pero Ferrini tenía consigo para esta empresa un rico patrimonio, que consistía no solamente en un profundo conocimiento de las lenguas antiguas y un buen dominio de los idiomas modernos más importantes, sino también en un puro y elevado idealismo, que le descubría y le mostraba en el Derecho Romano un reflejo de aquella ley natural que fué considerada por el mismo pensamiento pagano como algo eterno y divino, según el solemne testimonio de Cicerón. «Hanc igitur video, sapientissimorum fuisse sententiam, legem neque hominum ingenii excogitatum nec scitum aliquod esse populorum, sed aeternum quiddam, quod universum mundum reget imperandi prohibendique sapientia» (Cicer. «De Legibus», libro II, c. IV).

»Un magnífico diploma de doctor por la Universidad de Pavía, madre gloriosa de numerosos juristas, con una tesis sobre la utilidad que la historia del Derecho Penal puede sacar de los poemas de Homero y de Hesiodo fué la primera corona de su trabajo. Con esto, el joven doctor se ganó también una beca de estudio en una universidad extranjera. Y su afición, juntamente con el interés que sentía por su disciplina predilecta, le indujeron a la Universidad de Berlín.

»Lleno, pues, el corazón de esperanza, y no sin experimentar alguna ansiedad, pasa los Alpes en el otoño de 1880 y se dirige hacia Alemania, a la espléndida metrópoli del entonces imperio de los Hohenzollern, que tras la victoria obtenida diez años antes, se iba elevando a la categoría de potencia mundial; a Berlín, que era también el centro del protestantismo alemán y de la lucha que el canciller von Bismarck había desatado contra la Iglesia. ¿Quién podría decir cuáles pruebas tuvo que padecer aquel joven, fervoroso amante de la fe de sus padres y resuelto a conservar intacto el lirio de su pureza, en el vórtice de una ciudad moderna, en su gran mayoría no católica? Pero sabemos con certeza que él, al acabar sus estudios, volvió a su patria consolidado y reafirmado en la integridad de su virtud varonil, iluminado y de nuevo vigorizado en la firmeza de su fe. Había podido observar con sus propios ojos la pobreza espiritual de aquellos que, fuera de la verdadera Iglesia de Cristo, han de vivir sin el sostén de los

sacramentos, privados del divino consuelo de la santísima Eucaristía, «da quel convito di paradiso lontani e digiuni»: «lejanos y hambrientos de aquel convite de paraíso» (carta a Vittorio Mapelli. 8 de mayo de 1881). Pero al mismo tiempo había visto de cerca, con todo el entusiasmo de su alma juvenil, de qué manera una minoría católica en el huracán del «Kultur-kampf» podía oponer con indomable seguridad en la victoria una resistencia heroica y eficaz; defender sin miedo al Reino de Cristo y su Vicario en la tierra; mantenerse unida apretadamente en fraternal concordia y organizar sólidamente, sin temor, frente a todas las fuerzas del enemigo, una poderosa organización entre sus propias filas. Con especial fervor sentía que su corazón era atraído por las obras católicas de caridad y de acción social, en las que pudo formar parte como miembro activo de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Sin embargo, su principal atención en Berlín estaba dirigida a sus estudios de perfeccionamiento, bajo la guía de aquellos ilustres maestros, que en el campo de la investigación histórica, y especialmente históricojurídica, tenían entonces el primer puesto.

EL ESTUDIO DEL DERECHO ROMANO HACIA 1880

»Sabéis muy bien, ilustres y doctos oyentes, que al final del siglo XVIII la ciencia del Derecho Romano se había ido orientando hacia las concepciones de la escuela del Derecho natural, para decaer en seguida hacia la filosofía del iluminismo. Sin duda ninguna, la sana doctrina del Derecho natural, tal como había sido enseñada dentro de la Iglesia por los representantes de la filosofía perenne y había llegado a su ápice con las obras de un Tomás de Aquino y de un Suárez, hubiera podido tener una eficacia fecunda también en el campo de los estudios romanísticos. Pero, por desgracia, aquella escuela había ido separándose cada vez más de las altas verdades del pensamiento cristiano, y se había orientado hacia las máximas insostenibles de los enciclopedistas y de los filósofos iluministas. ¿Quién podría, pues, maravillarse de que no consiguiera nada que en realidad y establemente fuera provechoso? Así, tras un impulso breve y prometedor, aquel movimiento declinó rápidamente y se agotó en infecundas controversias y en un malsano dogmatismo jurídico.

»En seguida se manifestó la reacción. Ya en los primeros años del siglo XIX se había despertado en la juventud estudiosa una fuerte aspiración hacia nuevos métodos y nuevas formas. La joven generación culta, destacada del frío y árido culto de la razón, proclamado por la filosofía del iluminismo, e inflamada por el entusiasmo nacional, se refugió con amor en la investigación de la historia nacional, especialmente de la cultura medieval que, con su poesía, su pensamiento religioso, sus formas características de vida y de derecho llenaba al mismo tiempo de satisfacción y de alegría a las inteligencias y a los corazones. Así amaneció la era del romanticismo, y con él nació también un nuevo sentido de la Historia y de la investigación histórica en todos los campos.

»Comenzaron entonces en Alemania los geniales estudios de los hermanos Grimm sobre la antigua lengua y literatura alemana y sobre las antigüedades jurídicas de los pueblos germánicos; entonces también se dió principio a la gran obra «Monumenta Germaniae historica», destinada a reunir todos los documentos de la historia alemana, incluidas las colecciones de leyes de las diversas estirpes germánicas; obra que prestó también preciosos servicios al conocimiento de la Historia de la Iglesia y del Papado en la Edad Media.

»Tan insignes trabajos y progresos, llevados a cabo en el campo de las fuentes del Derecho germánico, ejercieron también un poderoso impulso sobre los estudios del Derecho Romano, tanto más que después de la célebre recepción de 1495 este último formaba la base del Derecho privado vigente en Alemania. Y fué de gran importancia que a la cabeza del nuevo movimiento se hallase un hombre de gran fama y saber, el cual —lo mismo que Niebuhr en los estudios y en las investigaciones de historia antigua— era un autorizado estudioso del Derecho Romano y que vistió al nuevo método con ropaje filosófico, aunque no del todo irreprochable: Federico Carlos Von Savigny, considerado como el fundador de la «escuela histórica» en la ciencia jurídica moderna.

»Sobre estas bases se desarrolló entre los romanistas en Alemania una rica y múltiple actividad, que se puede resumir en los siguientes grupos principales, de los que será oportuno dar una indicación brevísima para comprender y cómo encuadrar la actividad y la aportación científica del nuevo beato.

»El primer grupo se refiere a los trabajos para la edición crítica de las fuentes del Derecho Romano. Después que Niebuhr descubrió y publicó, en 1816, las «Instituciones» de Cayo, salió a la luz toda una serie de ediciones críticas, que hicieron beneméritos, entre otros, a un Teodoro Mommsen, a un Pablo Krüger, un Otto Lennel, un Emilio Seckel, un Guillermo Studemund. Pero Ferrini tuvo relaciones personales más estrechas con Alfredo Pernice y Carlos Eduardo Zachariä von Lingenthal, investigadores y escritores de vanguardia en el campo de las fuentes del Derecho Romano bizantino, que acogieron al joven estudiante italiano con afecto paternal, le cuidaron amorosamente, le animaron y ayudaron a penetrar y profundizar aquella vasta y difícil materia.

»El segundo grupo se refiere a las exposiciones generales y a las monografías sobre la historia del Derecho. Savigny figura en este campo como el primero entre todos con su obra magistral «Geschichte des römischen Rechts im mittelalter», al cual siguieron otros numerosos doctos, como el mismo Mommsen, Pauly, Voigt, Karlowa, Krüger, Conrat y Wissowa; mientras tanto, a la difusión de estas investigaciones y a los estudios sobre puntos determinados contribuía una larga serie de revistas, entre las cuales ha quedado como la más célebre la «Zeitschrift für geschichtliche Rechtswissenschaft», fundada en 1815 por el mismo Savigny y cuya continuación fué la «Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte», con sus tres secciones de Derecho Romano, Germánico y Canónico.

»Finalmente, valiéndose de tan rico material histórico, surgieron los grandes comentarios del Derecho Romano, como el «System des heutigen römischen Rechts», de Savigny; los comentarios de Glück, Bethmann-Hollweg, Puchta, Windscheid, Dernburg y las obras clásicas de Mommsen «Römisches Staatsrecht» y «Römisches Strafrecht». Este último tratado vió la luz casi al mismo tiempo que la obra del mismo nombre de nuestro Ferrini «Derecho penal romano», que, a juicio de los competentes y del mismo Mommsen, aunque bajo otro aspecto, no era de menor valor que la del gran maestro de la antigüedad romana.

EL DOCTO, EL INVESTIGADOR Y EL MAESTRO

Tal era, descrito en rápidas líneas, el ambiente científico en cuyo medio vino a encontrarse nuestro beato, que lleno de entusiasmo y de amor al estudio, dotado de una aguda inteligencia y una férrea voluntad, supo no sólo absorber en provecho propio y hacer fecundos

los poderosos impulsos al trabajo recibidos de la vida intelectual alemana, sino también avanzar y crecer con rapidez y seguridad en perfecto investigador y maestro.

»Por otra parte, sus firmes convicciones religiosas y su clarividente espíritu le preservaron de aquellas opiniones y de aquellas exageraciones que desde el principio quisieron abrirse camino entre los secuaces de la escuela histórica.

»Hacia tiempo que los romanistas italianos de gran fama, como Alibrandi, Serafini y Scialoia, deploraban vivamente que el estudio del Derecho Romano hubiera perdido en la patria de todas las más elevadas ciencias jurídicas su esplendor y su potencia y que el primado en este campo hubiera pasado a otros pueblos.

»En el alma fuerte y joven de Ferrini ardía el ansia de trabajar incansablemente para que la hija que habitaba en tierra extraña pudiera ser devuelta con honor y dignidad a su gloriosa madre. Cuando, en 1882, volvía él a Italia, había recogido los instrumentos para tan grandiosa labor, y si hoy su patria, en la ciencia del Derecho Romano, camina de nuevo a la cabeza de las naciones, se le debe, además de a otros insignes maestros, a nuestro beato.

»El, que según la exhortación de la Sagrada Escritura había buscado el saber, realizaba ahora también la otra expresión del libro santo: «El hombre sabio instruye a su plebe, y los frutos de su prudencia son estables» (Eccli. 37-26). Instruye a su pueblo: «Plebem suam erudit». El se convirtió en el maestro de la juventud de su pueblo, al cual transmitió en las Universidades de Pavía, de Mesina, de Módena, y después nuevamente de su amada Pavía, los frutos copiosos de su profundo espíritu, de sus diligentes investigaciones y de su corazón generoso. Sus maneras distinguidas y reservadas, la cristiana nobleza de una santa vida, su modo de exponer claro y penetrante, el constante ejemplo de hombre de estudio, incansable e inflexiblemente recto, le ganaron en todas partes la estima y la admiración.

»Y los frutos de su prudencia son estables: «Et fructus sensus illius fideles». Porque la mies que nuestro beato consiguió y recogió fué generosa, fruto de su estudio y de su trabajo. Apenas en veinte años, salieron de su pluma más de 200 publicaciones de carácter científico, entre las cuales algunas obras de importancia grande y duradera; todas ellas, aun las menores, llevan el sello de su clara inteligencia, de su vastísima cultura y de su incansable trabajo. Allí podréis hallar, al lado de artículos sobre manuscritos inéditos o sobre cuestiones concretas de Derecho Civil, amplios tratados sobre las fuentes y la historia del Derecho Romano, comentarios a las Pandectas y el Derecho penal romano; y sobre todo, aquellas ediciones críticas de las fuentes del Derecho Romano bizantino, que han hecho famoso el nombre de Ferrini en el mundo científico, comenzando por la llamada paráfrasis de Teófilo, a través de los Digestos y las contribuciones a la reintegración de los Basílicos, hasta las ediciones salidas a la luz después de su prematura muerte, del Libro Sirorromano y del Tipucito, en colaboración con Juan Mercati, hoy honor ilustre del Sacro Colegio Cardenalicio.

Es, igualmente, cosa sabida que él escribía rápidamente y casi con prisa, prisa que a veces hacía padecer a la exactitud de las citas; pero, sin embargo, está no quita que los frutos de sus obras, tal como fueron por él preparadas y recogidas en trabajo fiel y constante, hayan permanecido fieles a su autor y son perenne monumento de su verdadero y sólido valor científico y contribución imperecedera a la historia de aquel Derecho, que resplandecerá siempre entre los títulos indelebles de gloria de su pueblo y de su patria. «Sunt insti atque

sapientes, et opera eorum in manu Dei»: Los justos y los sabios y las obras de ellos están en las manos de Dios (Ecclesiastes 9-1).

EL ESTUDIOSO Y EL SANTO

En Contardo Ferrini, como en todos los hombres verdaderamente grandes, el trabajo profesional y la vida íntima estaban unidos con indisoluble unidad; por eso su figura de estudioso resulta solamente visible en toda su plenitud a la luz del santo. Su conciencia profesional estaba iluminada y guiada hasta sus más profundas raíces por una fe pura y una decidida voluntad de servir a la verdad en todas sus manifestaciones, buscando a Dios en todas las cosas y dirigiendo todo al Creador y Señor, según su santísima y divina voluntad. Puede haber habido doctos que hayan superado a Ferrini en la genialidad de espíritu; otros habrán sido favorecidos por la suerte más que él en sus investigaciones. Pero en la perfección y en la noble pureza del tipo genuino de estudioso y de investigador hay que enumerarle entre los mejores. Hombre sin inquietud ni violencia; sereno en la armonía firme y estable de todas las fuerzas espirituales, como resultado de una vida de virtud y de oración. Todo en él era claridad diáfana, tranquilidad segura, serena alegría del espíritu, sincera consagración e inalterable amor a la verdad. Exteriormente sobrio y reservado como era, irradiaba en su actividad exterior la reprimida llama del hombre que ha dedicado su vida a la investigación de la verdad y bajo las nobles apariencias de cualquier ciencia terrenal busca siempre la eterna verdad de Dios.

Este amor a la verdad, genuino rasgo característico del estudioso y del docto, era el acicate y el impulso dominante en su trabajo; a ella estaba dedicado como a gran dama, con el afecto y la devoción de un siervo fiel. Por eso, en sus estudios, con gusto volvía de nuevo a las mismas fuentes, las examinaba y las escrutaba con sabio cuidado, para que los hechos históricos pudieran hablarle lo más posible libres de error.

A esto Ferrini unía una humildad sana, queríamos decir objetiva, ya que ante la santidad de la verdad se consideraba no como un vanidoso doctor, sino solamente como un modesto escolar. El, que con su especial conocimiento de las fuentes y de la literatura, con su exactitud y fidelidad en la investigación, con su inteligencia pronta y aguda, había llegado a ser dueño y maestro en su materia. Su naturaleza íntima se refleja y manifiesta hoy todavía como en un espejo en su estilo virilmente claro y lúcido, tranquilo y objetivo, simple y puro, pero animado por la fuerza de atracción irresistible de un fervoroso buscador de la verdad y de un incansable trabajador.

Sí; nuestro beato fué un trabajador incansable. Para su cuerpo delicado no tenía ningún miramiento. No sabía de paradas ni de descanso. Nunca se aburría o desanimó por el trabajo pesado y minucioso del estudio sobre difíciles manuscritos. Más aún, entonces, precisamente se sujetaba a sí mismo con más rigurosa disciplina. ¡Qué maravilla que emanase de él a todos los que le rodeaban una potente fuerza moral, la fuerza de aquellos que son puros de corazón y que se sienten movidos, sostenidos y llevados por el espíritu de Dios, la fuerza que ellos reciben del Divino Redentor en la sagrada Eucaristía!

Efectivamente, Contardo Ferrini, y ésta es la cualidad esencial de su alma, era un santo. Santo no como muchas veces el mundo se lo figura, como un hombre extraño a la vida de la tierra, incapaz, inexperto, tímido, importuno. No; Ferrini era un santo de su tiempo, del siglo del trabajo vertiginoso, del siglo en que la

mente y la mano del hombre tienden a subyugar, técnica y científicamente, la fuerza activa de todo el universo sensible.

VIDA REAL Y FE SOBRENATURAL

Nuestro tiempo, que con gusto se da el nombre de tiempo de las realidades, cree que con eso tiene que renunciar a la piedad y a la profundidad del sentimiento religioso, que se querría excluir como un irreal, infundado y superfluo ornamento de la vida. Hay quien no puede comprender que un hombre pueda vivir en el mundo moderno, trabajar eficazmente y con acierto en favor de la sociedad y ser, al mismo tiempo, un santo. Otros piensan que la vida interior y la oración, «como hecho místico», están en patente contraste con la lucha dura por la vida, y con el trabajo agobiador del hombre moderno, que no deja lugar para misterios, ni fe, ni temor de una vida futura. ¿Pueden acaso existir un mundo sobrenatural y los arcanos de la revelación para la fría y escrutadora razón de un sabio, para el espíritu de un técnico, que vence y domina las leyes de la naturaleza? Esa es la pregunta que no pocos se hacen a sí mismos.

Aquí nuestro beato se adelanta y responde con un claro y resuelto «sí». El pronuncia plenamente y con fuerza este sí. Este sí, que es su firme profesión de fe en la vida sobrenatural, en la revelación, en la santa Iglesia, manteniendo, por otra parte, su confianza en los esfuerzos de la ciencia para alcanzar un conocimiento de la verdad cada vez más vasto. Es el hombre de la realidad moderna, pero es también el santo de la hora presente; el místico de la unión con Dios, donde vive sumergido; pero, al mismo tiempo, por decirlo así, el místico del hecho y de la acción, de aquella actividad que no se considera, ignorando el orden divino, como un fin en sí mismo, ni se eleva a una especie de substitutivo de la religión, sino que recibe estímulo y fuerza, virilidad y eficacia del Creador y Señor de toda verdad, y no conoce más que un fin altísimo: la gloria de Dios y el verdadero bien de la Humanidad.

DERECHO Y LEY SEPARADOS DE DIOS. «VESTIGIA TERRENT»

¡Dios y el bien de la Humanidad! Para Ferrini, el Derecho, con su historia y con su desarrollo, no era el objeto aislado de una investigación científica que se base en sí misma, sino más bien la aplicación de la ley eterna, de la ley moral divina a la realidad de la vida humana, como uno de los robustos pilares que, puestos por el mismo Dios, sirven para la edificación de la sociedad, para el bien universal de los pueblos.

No podría ser de otro modo para nuestro beato. El no podía concebir que la legislación, la historia y la evolución y el Derecho fuesen tratados como esos frescos o esos mosaicos que se arrancan del altar que estaban adornando para enseñanza de los fieles, y van a perder, entre las profanas pinturas de un museo, su be-

lleza, su luz y casi su mismo significado. Asimismo, el Derecho y la ley, separados de Dios, son como una cosa muerta, como rama seca arrancada del tronco vivo y vivificante, como tierra árida que no produce frutos. ¿Qué fecundidad, qué provecho para la verdadera felicidad de un pueblo podría hallarse en una legislación que no descansa sobre la fe en Dios, que finge ignorarla como intrascendente y superflua o hasta se avergüenza con sólo pronunciar el santo nombre de Dios? Alejados de Dios, los cuerpos sociales y las ordenaciones jurídicas acaban, pronto o tarde, en el despotismo o en la tiranía. «Vestigia terrent!» «He aquí — exclama el salmista — que los que de Ti se alejan perecerán» (salmo 72-27). «¡Feliz, en cambio, aquel pueblo que tiene al Señor por su Dios!» (Salmo 143-15).

En un tiempo en que el mundo, separado de Dios, parece como que se hace impermeable a todo influjo divino; en un tiempo en que algunos sistemas filosóficos deliberadamente procuran edificar sobre la arena una moral y un derecho sin Dios, Nos sirve de gran consuelo que el Señor haya dado a la Iglesia un Beato que fué un maestro, una eminencia en el campo del Derecho, pero que, al mismo tiempo, fué un hombre de Dios, un modelo admirable por la elevación sobrenatural de su espíritu y por la santidad de su vida.

LA CIENCIA DE LA CARIDAD DE CRISTO

Inclinad, pues, la cabeza, ilustres profesores y amados hijos, ante la imagen de Contardo Ferrini, elevado al honor de los altares. No hizo durante su vida milagros ni portentos. El portento y el milagro son él mismo, que brilla, como ejemplo de toda virtud, para veneración del pueblo. Inclinad la cabeza y meditad. Meditad cómo se hizo santo en un siglo donde la caridad de Cristo parecía desterrada de la sociedad humana, en un siglo donde la doctrina de Cristo y su Evangelio con frecuencia son despreciados y tenidos en poco en la práctica de la vida y de la familia; en un siglo donde, ciertamente, ha progresado la ciencia de la naturaleza y del mundo, pero también aquella ciencia que de la naturaleza y de las entrañas de la tierra saca y multiplica las armas y las invenciones para la lucha, para la destrucción, para la batalla.

Meditad que, a pesar de todo el progreso que acompaña al hombre a lo largo de su vida, éste no tiene aquí una habitación permanente, porque ha sido creado para otro mundo, para un mundo espiritual, al que todos están destinados y en el que la mayoría piensa bien poco. Los santos son los héroes que tienen los pies en la tierra y el alma en el cielo. Uno de éstos fué Contardo Ferrini desde su juventud. Aprended de él y de sus ejemplos a progresar en la ciencia que eleva desde la tierra hasta el cielo, hasta Dios, y que transforma los pasos de esta vida en un cúmulo de méritos para la otra, que viene después de la presente y que no tiene fin. No os ensoberbezca la ciencia profana; que os guíe hacia la altura el conocimiento de las verdades de la fe, profundamente estudiadas y practicadas; que os sublime en Cristo la ciencia de su caridad.»



Contardo Ferrini, el universitario santo

En una mañana esplendorosa de la primavera romana, domingo «in albis» de este año de gracia de 1947, una gran multitud de fieles de mil rincones del orbe atravesamos presurosos la inmensa plaza de San Pedro, al filo de las diez, para ocupar puntualmente nuestro puesto en la basílica vaticana.

Vamos a presenciar la proclamación triunfal de las virtudes de un sabio profesor universitario, Contardo Ferrini, muerto aun no hace cuarenta y cinco años y nacido hace, exactamente, ochenta y ocho.

Si hoy —admitamos la hipótesis— Contardo Ferrini hubiese estado entre nosotros le habríamos visto como un anciano venerable, de frente despejada y ojos claros, velados, quizá, de dulce melancolía. La espalda un tanto cargada, no sólo por el peso de los años, sino por el hábito tenaz de inclinarse sobre manuscritos de difícil lectura, pero dejando ver todavía, bajo el yugo de la edad, un cuerpo avezado a difíciles ascensiones alpinas, de tal modo, que ese bastón en que sostendría el cuerpo ya cansado, tendría no poco de bastón montañero.

Mas Contardo Ferrini, para gloria de Dios y nuestra ayuda, está hoy en la altura suprema de la eternidad del Padre, leyendo sin esfuerzo el Verbo de la divina sabiduría y encendido en el puro amor del Espíritu.

Aquí abajo, con nosotros, en la basílica de San Pedro están, sí, sus viejos amigos y conocidos: Víctor Manuel Orlando, el famoso tratadista de Derecho político y ministro del Gobierno italiano, compañero de Ferrini, allá por 1887, en los días gozosos de las primicias docentes de ambos en la Universidad de Mesina.

Aquí se halla, también, Eduardo Gemelli, recordando, sin duda, el tiempo de sus estudios en la Facultad de Medicina de Pavia, cuando él, socialista e incrédulo, iba, según ha escrito, a la cátedra de Ferrini con el solo propósito de sonreír ante aquel extraño fenómeno de un profesor universitario que todavía creía en Dios al despuntar el siglo XX. Mas hoy, Eduardo Gemelli no es ya el médico materialista; hace muchos años que se ha transformado en fray Agustín Gemelli, franciscano, y Rector Magnífico de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, de Milán, promotora de la beatificación de Contardo Ferrini. ¡Con qué otro espíritu escucha hoy la gran lección del sabio romanista! También hoy sonreirá el P. Gemelli y puede que, además, se le escape algún sollozo.

Aquí está, asimismo, su eminencia el Cardenal Mercati, Bibliotecario y Archivero de la Santa Iglesia Romana, con el recuerdo de aquellas jornadas en que él, joven sacerdote, trabajaba con Ferrini para descifrar difíciles manuscritos de la Ambrosiana o del Vaticano y colaborar en la edición de añosos textos del eterno Derecho de Roma.

Con ellos se encuentran otros amigos y familiares de Contardo, y como un testimonio vivo del poder y la gloria del nuevo Beato, está presente un sacerdote que frisa en los cuarenta: el Rvdo. don Eduardo Grametti, párroco de Viggiano y canónigo menor de Milán, que un buen día del mes de julio de 1921, jugando con otros muchachos de su edad en un patio de la parroquia milanesa de San Luis, cayó desde una altura considerable y quedó con la base del cráneo fracturada y sin ninguna esperanza humana de salvación. Pero la oración insistente del párroco, de familiares y amigos, en peregrinación al sepulcro de Contardo Ferrini, obtuvo la salud, por manera admirable en contadísimos días.

Y aquí están, en todo su esplendor, las dignidades de la Iglesia, los representantes de los Estados, los claustros académicos y el pueblo sencillo, ese pueblo de fe arraigada e ingenua que ha venido desde los más apartados rincones de Italia para asistir a la glorificación del humilde terciario franciscano Contardo Ferrini, cuyas virtudes y favores conocen, y del que también saben que fué hombre de profundos estudios y de mucho prestigio entre los sabios.

Los de Milán y Pavia, y sobre todo los de Suna, el pueblecito a orillas del Lago Mayor, donde Ferrini pasaba los veranos, quizá conocen su vida con más detalle, y alguna vez han ido en recogida peregrinación hasta el sepulcro del santo profesor que quiso reposar en el cementerio de Suna, atraído por la piedad de aquellos buenos campesinos que acostumbra a ofrendar flores y oraciones, todos los domingos, a los que duermen en la paz del camposanto.

Pugnando por seguirla, cada momento más de cerca, hemos asistido a la ceremonia matinal en que se han proclamado las virtudes de Contardo Ferrini, y hemos experimentado aquel sobrenatural escalofrío que ha sacudido a todos los presentes al desco-

rrerse, rápida y sonora, la cortina que ocultaba en la gloria del Bernini la imagen del nuevo beato.

Y al atardecer de este domingo primaveral nos hemos unido a las aclamaciones exultantes de los cincuenta mil fieles que en la basílica de San Pedro vitoreaban al Padre Santo, cuando éste ha bajado a venerar las reliquias del que ha subido a los altares con levita, y también con muceta y toga de universitario.

Todavía Contardo Ferrini nos ha deparado otra ocasión de aclamar al Vicario de Cristo y de recibir su bendición, esa bendición que su Santidad Pío XII derrama echándose fuera de la silla ges-



tatoria como si quisiera no sólo bendecir, sino abrazar también a cada uno de los que encuentra en su camino. El Papa ha recibido en la inmensa sala de las beatificaciones a los universitarios, a los participantes en el Congreso de «Pax Romana», a los peregrinos todos llegados a Roma con motivo de la beatificación, y ante ellos ha exaltado la figura variadamente ejemplar del insigne hombre de ciencia.

A las ceremonias religiosas se ha unido el homenaje académico. Su marco ha sido el anchuroso patio de la Universidad Gregoriana, convertido en aula para este acto. Allí ha resonado en honor de Contardo Ferrini la voz de la ciencia eclesiástica y del afecto familiar unidos en la persona del P. Dezza, primo de Ferrini y Rector de la Universidad Gregoriana. Allí, los méritos del insigne romanista los ha exaltado una vez más la palabra autorizada del profesor Biondi, titular de la cátedra de Derecho romano en la Universidad Católica milanesa. Y allí, mostrando cuánto significa para los universitarios el ejemplo de Contardo Ferrini, ha hablado con la desbordada elocuencia de los hechos intensamente vividos, el antiguo estudiante de Medicina, socialista e incrédulo, que en Pavia pretendiera burlarse del profesor creyente, pero que, a pesar de todo, veía la figura de Ferrini sincero en su fe, consecuente con ella y universitario insigne, que acababa por ganarse el respeto de todos.

La emoción que rebotaban las palabras del P. Gemelli sólo pudo encontrar respuesta adecuada en aquellas otras, inesperadamente pedidas, a Víctor Manuel Orlando. El viejo amigo de Contardo Ferrini sentía en su mente y en su corazón un vivo contraste. De una parte, el recuerdo de los días gozosos de alegre camaradería universitaria en Mesina, la añoranza del compañero, no sólo de trabajos, sino de bromas; de otro lado, la impresión que había recibido tan sólo contadas horas: el Vicario de Cristo venerando, de rodillas, las reliquias y la imagen gloriosa de Contardo. ¿Qué cabría ponderar ni decir una vez señalado este contraste? «¡Encomendémonos a él!», nos dijo Orlando, sencillamente.

Ferrini, hombre de nuestro tiempo

La elevación de Contardo Ferrini a los altares, poniéndolo como ejemplo para los católicos, especialmente para los que se dedican al estudio o a profesiones intelectuales, entraña gran importancia para nuestra vida espiritual. «En efecto—afirma el P. Gemelli—Contardo Ferrini ha servido y amado a la Iglesia en nuestro tiempo; ha tratado de conseguir la perfección cristiana viviendo en nuestra misma época, en nuestro mismo ambiente universitario; ha trabajado para realizar la apología de la fe y de la moral católica en nuestra sociedad y ha tenido igualmente que defender a la Iglesia, al Catolicismo y a la Revelación de los ataques del pensamiento ateo de nuestra edad.»

Si alguna variación se ha producido en el campo intelectual desde la muerte de Ferrini, en 1902, hasta hoy, por lo menos en España, aquélla ha sido más bien favorable al pensamiento católico, lo cual quiere decir que la imitación de Contardo Ferrini nos resulta más fácil y hacendera. De todas formas mucho, muchísimo, es lo que queda por realizar para que en nuestras Universidades y en nuestros ambientes intelectuales el pensamiento sea medularmente cristiano; las apariencias exteriores, aun de buena voluntad, no pesan nada. Y en esta obra, el ejemplo de Contardo Ferrini es decisivo.

La vida del gran romanista italiano ofrece demasiadas facetas refulgentes para resumidas de manera substancial en unas líneas. Mas cualquier faceta de una vida—mucho más de una vida que haya alcanzado las cimas de la santidad—no se explica sin una visión integral de esa misma vida o, mejor aún, sin hallar la razón última que impulsa a obrar.

Por eso queremos ofrecer siquiera fugazmente una visión casi panorámica de la vida de Contardo Ferrini—dejamos sus años juveniles—fijándonos especialmente en su labor de magisterio universitario, no como investigador, sino en su tarea de cátedra con los alumnos, ejemplo capaz de guiar derechamente los pasos de quienes se hallan consagrados a la misión altísima de la enseñanza universitaria. Y para iluminar toda esa visión alumbrarla con el espíritu que movía a Ferrini.

Todas las pinceladas de su obrar están iluminadas y coloreadas por una clara luz sobrenatural que las vivifica y sublima. Si Ferrini investiga y estudia, si en su cátedra es un guía fecundo, si a todos ayuda, si de la vida familiar y de la amistad hace un culto, si vive con verdadera austeridad, si permanece soltero, si interviene en la vida pública, si goza intensamente de la naturaleza... no lo hace por motivos simplemente humanos; no es sólo la *bondad natural* la que obra o no es el propio placer lo que con ello busca. Contardo obra por un motivo hondamente sobrenatural; es el anhelo incontenible de seguir las huellas del Maestro.

La «conversión» de Contardo

Contardo no era un temperamento pacífico o bonachón. Su hermano nos dice que era de índole vivaz y muy sincero. «No puedo comprender—exclamaba una amiga íntima de los Ferrini—cómo un muchacho que en su niñez era de una viveza rayana en la malicia se haya hecho tan amable y condescendiente.»

La transformación se produjo, en verdad, temprano; a los doce años. Era ya un muchacho de inteligencia muy despierta que sobresalía entre sus compañeros de estudios y para recibir por vez primera a Cristo, fué cuidadosamente preparado por su tía Sor Benigna, virtuosa religiosa ursulina muy admirada por el celo con

que disponía a las jovencitas que iban a recibir la primera Comunión. Excepcionalmente, preparaba también a algún muchacho, y uno de ellos fué su sobrino Contardo. Los hechos atestiguan cómo realizó su cometido.

«Antes de los doce años—dice el hermano de Contardo—, aunque iba gustoso a la iglesia y rezaba sus oraciones no daba muestras especiales de piedad. Recuerdo que después de la primera Comunión manifestó, por el contrario, signos de piedad vivísima, con un recogimiento mucho más intenso del que era propio de su edad.» Fué la verdadera «conversión» de Contardo. Desde entonces toda su vida está animada por un impulso sobrenatural; toda ella está embebida y transfundida del espíritu de caridad.

El observador superficial no acierta a ver los móviles íntimos de la conducta del santo. Mas cuando se mira con ojo más penetrante, la explicación aparece clara y sencilla.

Un alumno de Ferrini, después monje benedictino de mérito científico, el P. Vismara, nos dice que en su trato con él no se dió cuenta de hallarse frente a un santo; sólo admiraba al hombre de alto ingenio. Y es que, añade el P. Vismara, «para conocer al hombre de Dios es preciso que nuestro espíritu no esté tocado por la frialdad o, peor aún, por la indiferencia.»

Precisamente por ello, la mirada limpia y encendida de otro universitario cuya elevación a los altares cabe esperar, Ludovico Necchi, veía en Ferrini lo sobrenatural bajo la apariencia de lo puramente humano. «Un día—narra el Dr. Oggioni—, acompañado de mi discípulo y amigo queridísimo Ludovico Necchi, me encontré con Ferrini que a nuestro saludo respetuoso respondió con la máxima cortesía y con aquella sonrisa tan dulce que le era habitual. El profesor se alejó, pero Necchi, movido por un hondo pensamiento, poniéndose serio me detuvo un instante, y mirándome fijamente, exclamó de pronto: «¿Ves aquel hombre? ¿Qué tiene de especial? ¡Y sin embargo es un santo!»

A la muerte del profesor insigne pudo encontrarse la clave de lo que en definitiva era un secreto a voces. Los escritos religiosos de Contardo Ferrini, que sólo muy pocos de sus íntimos conocían, constituyeron una elocuente confirmación. En aquellas cartas dispersas, en aquellos opúsculos inéditos se revelaba la clave de su conducta.

La raíz de la conducta de Ferrini

¿De dónde le nace a Ferrini el vigor de este tono tan admirable en todas las manifestaciones de su vida, desde las actividades del investigador a los riesgos del alpinista?

Ferrini era hombre asiduo al templo. De ordinario muy temprano, para no entorpecer el cumplimiento de sus obligaciones universitarias, hacía su meditación en lugar recogido de la iglesia, oía la Santa Misa, recibía la Sagrada Comunión y, con frecuencia, confesaba. Durante el día—a veces entre clase y clase—volvía a visitar al Santísimo; rezaba el Rosario y hacía lectura espiritual. Los domingos intensificaba las prácticas religiosas, especialmente para oír la palabra de Dios.

Sobre todo era hombre de oración. En sus visitas al Santísimo de tal manera se entregaba a la contemplación divina que permanecía enteramente ajeno a cuanto sucediera en torno suyo, y alguna vez fué preciso llamarle para que saliese de su éxtasis.

Era su gran arma de perfección espiritual. Una oración fervorosa, contemplativa y llena de consecuencias

prácticas. Las meditaciones que figuran entre sus escritos son cortas—no solía meditar más de media hora—pero en muy pocas de ellas falta la aplicación práctica y la jaculatoria. Así su oración no acaba en el templo ni su vida está desligada del servicio de Dios. La vida de Ferrini resulta entonces una oración continuada y, sea que explique en la cátedra o que suba a las crestas alpinas, Ferrini ora sin rezar y alaba a Dios con sólo vivir su vida sencilla y recoleta de universitario; pero al mismo tiempo ésta es una vida fecunda porque está nutrida por el espíritu de Dios.

El hombre es para Ferrini—que toma la idea de Juan Bautista Vico—un *ser finito que tiende al infinito*. «El infinito es Dios... y por esto—añade—nuestra vida, como toda otra, ha de proyectarse hacia el infinito y recibir de él mérito y dignidad.»

Todo el programa de la vida cristiana—nos dirá—se compendia en la palabra *amor*. «Intentaré—escribía al mejor de sus amigos, Victorio Mapelli—trazar aquel ideal al que somos llamados... y verás como todo se reduce a aquella palabra.»

Y de la consideración de esta realidad—esencia del Cristianismo—brota como una consecuencia natural y sencilla, toda la vida de Ferrini: vida de oración y vida de apostolado. O si se quiere, aquella suprema síntesis del *apostolado de la oración*.

Recojamos en sus textuales palabras el pensamiento de Ferrini que ilumina toda su conducta.

«A quien me reprochase—dice—de espíritu tímido y pusilánime yo le diría que sólo en la oración recibo fuerza y dignidad, que si tengo un inicio de carácter... lo debo a la oración; que si mis estudios arribaron a algo lo debo a las bendiciones de la oración... Y a quien me reprochase de perder el tiempo yo le diría que por la eficacia consoladora de la oración no lo pierdo en los teatros, en los cafés, en las mil inutilidades de una vida disipada; que la oración me hace amar el recogimiento, la soledad y el trabajo; respondería que si todos orasen y orasen debidamente, no sólo las condiciones sociales sino las materiales se beneficiarían mucho. Yo no sabría concebir una vida sin oración; un despertar a la mañana sin hallar la sonrisa de Dios; un reclinar, a la tarde, la cabeza, y no sobre el pecho de Cristo... Dame un hombre que profiera de corazón aquellas divinas palabras (las del Padrenuestro)... y no será posible que no sea un veraz, un leal, un buen ciudadano útil a la familia y a la sociedad, honor de ellas. No se reza así si no se es bueno o si no se tiene el vivísimo deseo de llegar a serlo.»

«Nosotros católicos—escribía a su amigo Hector Cappa—, que tenemos la fortuna, no por nuestros méritos sino por especial misericordia del Señor, de mantenernos firmes en los principios de la fe, procuremos difundir su reino a! menos con el apostolado de la oración y del ejemplo.»

«Cosa bella es el apostolado del ejemplo—decía a Mapelli—, bello igualmente el de la palabra, pero ¿cuál más eficaz que el de la oración? Tengamos por seguro que si la caída de un hermano nos destroza el alma, si nos abrasa, como a Pablo, cualquier escándalo, más desgarrar aún al Corazón de Cristo. ¡Oh! la oración con algún secreto holocausto ¿será rechazada por su Corazón?»

Esta idea de la eficacia apostólica de la oración y del sacrificio por nuestros prójimos, mil veces repetida de una u otra forma en los escritos de Ferrini nos da razón clara de toda su conducta.

Contardo Ferrini, trabajador infatigable

Buen testimonio de la valentía intelectual de Ferrini es que deseando saborear la Biblia en su texto original

se propuso aprender el hebreo, cuando aun era un estudiante de bachillerato, y buscó el consejo del director de la Biblioteca Ambrosiana de Milán, monseñor Ceriani, doctísimo en lenguas orientales. Algo de particular advertiría el insigne orientalista en aquel joven cuando no se limitó a darle el consejo pedido, sino que, haciendo un hueco en sus apretados trabajos, él mismo le enseñó el hebreo, el sirio y las primeras nociones del sánscrito y del copto.

Así cuando Contardo pasó a la Universidad su bagaje cultural y, especialmente lingüístico, era realmente extraordinario. Se hallaba en condiciones excepcionales para recorrer con fruto el campo del Derecho romano-bizantino, hasta entonces casi inexplorado. Y para que su labor pudiera resultar más fecunda, Ferrini había hecho suya aquella consigna de monseñor Ceriani: «No os fiéis de los doctos. Comprobad vosotros; buscad la verdad directamente en las fuentes.» Toda la obra de Ferrini como investigador se apoya directamente en las fuentes: desempolva manuscritos, interpreta textos ignorados y los ofrece, restituídos, al conocimiento de los doctos.

Su doctorado constituyó un triunfo espléndido. En junio de 1880 defendía su tesis doctoral, que redactó en latín, relativa a la aportación que representa para la historia del Derecho penal el estudio de los antiguos poemas griegos. No sólo obtuvo la calificación máxima; se le honró, además, con la publicación, que hasta entonces nunca se había concedido, por la Universidad de Pavía. Por la misma tesis se le otorgó una pensión para ampliar sus estudios de Derecho romano en la Universidad de Berlín.

Alemania ostentaba, entonces, el primado indiscutible de los estudios romanísticos, elevados a extraordinaria altura por los discípulos de Savigny.

Ferrini, dolorido por el decaimiento de los estudios romanísticos en la patria del Derecho romano que conoció, más tarde, el maravilloso florecimiento boloñés, partía para Alemania con un noble propósito ya iniciado por otros compatriotas como Felipe Serafini: reconquistar para Italia la primacía en los estudios jurídico-romanos. «En gran parte es mérito suyo—ha dicho Bonafonte—el que la ciencia romanística italiana ascendiera desde la posición de esclava a la de maestra.»

El joven italiano conquistó inmediatamente en Alemania prestigio singular y afectos hondos. Cuando, después de dos años de estudios, Ferrini se despidió de Pernice, éste le dedicó su fotografía con la expresiva dedicatoria: *Pernice Contardófilo*. Más tarde Voit dedicó su «Historia del Derecho romano» al francés D'Arbois de Joubainville, al alemán Otto Müller y al italiano Contardo Ferrini. Zachariae von Lingenthal le tuvo como alumno predilecto, y cuando el viejo maestro, cansado por los años y quebrantada la salud, redujo sus actividades, entregó a Ferrini parte de sus materiales y, considerándole su heredero científico, le legó su biblioteca.

Y Teodoro Mommsen, pocos meses antes de morir Ferrini afirmaba que si, en orden a los estudios romanísticos, el siglo XIX se había llamado el siglo de Savigny, el siglo XX sería el siglo de Ferrini por quien el primado de los estudios romanísticos pasaba de Alemania a Italia.

Sería demasiado enfadoso resumir aquí la labor científica llevada a cabo por Contardo Ferrini en su corta pero fecunda vida. Baste decir que sus trabajos pasan de doscientos, bastantes de gran entidad y muchos de valor insuperado, como su Derecho penal romano.

Bonafante, que considera a Ferrini «el más fecundo escritor en el campo de nuestros estudios, el más profundo conocedor y el crítico más agudo de las fuentes», enjuicia así la labor de nuestro insigne romanista: «La

obra científica de Contardo Ferrini está caracterizada por su inmensidad y por su variedad. Ninguno ha abarcado tan ampliamente los infinitos aspectos de esta disciplina del Derecho romano. Profundizó con severa investigación científica los problemas e hizo obra genial de divulgador la cual completa su actividad de docente».

Y es digna de notarse esta otra afirmación de Bonfante: «Si en una figura tan armónicamente construída se quiere mostrar una falta, una irregularidad, ésta fué su demasiada dedicación a la ciencia, el exceso de trabajo».

La labor científica de Ferrini es realmente la tarea de un coloso. La obra de quien, conociendo la pequeñez humana, sabe que, sin embargo, el hombre puede lograr fuerzas para los mayores empeños.

Pero de todo ello busquemos la explicación en la clave de los escritos religiosos de Contardo Ferrini.

¿Por qué su amor al trabajo? «El arte, la ciencia, la naturaleza—nos dirá—conducen a Dios; el Espíritu de Dios que habita en el corazón de los justos conduce al amor de toda cosa bella, buena, digna». Y por esto en su *Reglamento de vida* se había propuesto: «Me pondré al trabajo con gran empeño, siempre dispuesto, sin embargo, a interrumpirlo con alegría, por caridad y obediencia. Lo comenzaré y terminaré con la oración».

Como explicación de su colosal tarea sírvanos este testimonio: «Guardémonos de considerar vanidad el aspirar a grandes cosas; esto sería pusilanimidad. ¡*Todo lo puedo en Aquel que me conforta!* Todavía más. ¿No es cierto que Dios escoge, para las obras grandes, a las cosas despreciables de este mundo, como hubo de decir Pablo: Precisamente porque yo no soy nada Dios puede hacer conmigo grandes cosas... y las hará si, mientras tanto, me preparo con el dolor».

La humildad y sencillez características de Ferrini

Ferrini no hubo de aguardar a la muerte para que se proclamaran sus grandes méritos científicos. Las Universidades se disputaron su magisterio; Universidades y Academias celebraron sus investigaciones reconociendo un prestigio unánimemente respetado.

Y, sin embargo, Ferrini resultaba la sencillez personificada. Una sencillez extraordinariamente cortés y afable. Cuando sus alumnos le felicitaban por un nuevo éxito, quitaba jocosamente importancia al asunto y el elogio se quebraba en flor. En el centenario del doctorado en Leyes del gran historiador Antonio Ludovico Muratori, organizado por Ferrini en la Universidad de Módena, fué tan brillante su intervención que a los fervorosos aplausos de los doctos, los estudiantes respondieron tratando de sacarle triunfalmente en hombros. Hubieron de desistir, pues Ferrini casi se desmayó. El profesorado quiso celebrar el triunfo con un banquete, pero la modestia cordial de Ferrini sólo toleró un amistoso brindis.

En el fondo de una maleta halló la madre de Ferrini las insignias de caballero de la Corona de Italia, y entonces supieron los familiares que aquella distinción le había sido otorgada tiempo atrás.

En el mismo porte exterior mostraba su sencillez. Vestía con modestia grande aunque con dignidad. Sólo cuando había de asistir a algún acto solemne vestía con mayor elegancia y solía decir, sonriente, a sus sobrinitos: «¡Aquí tenéis al tío Contardo que se ha vuelto rico!» Por el contrario, cuando hacía la visita semanal de las Conferencias de San Vicente, a las que pertenecía desde su estancia en Berlín, llevaba un traje sumamente modesto para no herir la pobreza de los hogares que había de visitar.

Sencillez y humildad que Contardo ejercitaba de

manera admirable en el seno de la familia. Más de una vez la madre, sin reparar en la posición social y el renombre científico de su hijo, exclamaba:

—Contardo, ve a la bodega a embotellar el vino.

Y el sabio romanista lo embotellaba con la misma complacencia que hallase al descifrar un palimpsesto.

O bien:

—¡Deja esos benditos libros y vete por leña para preparar una buena *polenta!*

Y Contardo, que en aquella jira campestre había llevado consigo algunos libros, los dejaba ante la indicación de su madre, buscaba leña y preparaba el condumio como buen alpinista.

¿Puede, acaso, extrañarnos esta conducta si en su *Reglamento de vida* hemos leído que estaría siempre dispuesto a interrumpir el trabajo, «con alegría por caridad y obediencia?» Y aquella modestia en el vestir que algunos llegaron a creer que fuese desidia, tenía un fundamento mucho más sublime: «Amaré la santa pobreza y trataré de practicarla... en el vestido...»

En definitiva, toda aquella sencillez y humildad del triunfador en los campos de la inteligencia tan propicios a la vanidad y al orgullo, no era más que el fruto reflexivo de que la ciencia sólo conduce a Dios a condición de que se abraza con la humildad: «¡Es una terrible verdad!, escribía. Aquella ciencia que podría parecer el camino hacia el infinito no lo percibe si no se funda en la más simple humildad, sino que se desvía y delira... El camino del infinito es la humildad, la virtud accesible a todos y muy especialmente a quienes nosotros estimamos menos». Y su propósito era tajante: «Trataré de hacerme modelo de mansedumbre, dulzura, caridad y humildad. En esto no me perdonaré la mínima falta; cualquier caída la compensaré redoblando la atención y buscando siempre la ocasión de practicar estos actos».

El culto a la amistad

De Contardo Ferrini podríamos decir lo que Jorge Manrique decía de su padre el Maestre Don Rodrigo: «¡Qué amigo de sus amigos...!» Rindió verdaderamente culto a la amistad que consideró siempre generosa, desinteresada y de verdadera elevación espiritual. Alguna de estas amistades, iniciada durante los estudios secundarios y consolidada en la Universidad duraron toda la vida. Tal, el caso de Victorio Mapelli a quien están dirigidas buena parte de las cartas y escritos espirituales de Ferrini.

En todas las etapas de su vida encontramos siempre el amigo o el reducido grupo de amigos con quienes practica esta santa virtud de la amistad. Porque, en definitiva, para Ferrini la amistad no era más que una forma de la caridad, que, según las circunstancias, unas veces alcanzaba explícitamente las altas cimas espirituales; otras, no pasaba, en la apariencia, de la pura amistad humana, pero en el ánimo de Contardo había siempre una escondida senda que conducía indefectiblemente al sublime amor.

Le hemos visto en Berlín, querido y respetado por sus maestros, especialmente por Zachariac von Lingenthal que le trató como verdadero hijo. A él sin duda se refirió Contardo cuando escribió que «el protestantismo nos da personas honradas allí donde nuestra inmaculada religión haría santos». Pero el gran amigo de Ferrini en Berlín fué el profesor Westermaier, botánico insigne, a quien conoció en la Conferencia de San Vicente, y que luego pasó a la Universidad Católica de Friburgo, a la que legó sus bienes, y en donde rindió frutos imperecederos de saber y de virtud.

Cuando Ferrini ganó su primera cátedra, propiamente dicha, y fué a la Universidad de Mesina, uniósese a otros profesores recién llegados, entre ellos Orlando, alquila-

ron una villa en las afueras de la ciudad, se pusieron bajo la égida doméstica de una cocinera alemana y allí vivieron nuestros jóvenes profesores en una envidiable camaradería rivalizando en el trabajo y el buen humor. Esta fué «Villa Macri», frecuente punto de reunión de los elementos universitarios, donde se forjaban excursiones dominicales, fiestas familiares en casa de los compañeros casados y donde insensible pero realmente el espíritu de Ferrini se imponía por el afecto y la prudencia. En la mesa común merced a Contardo se respetaba escrupulosamente el ayuno y la abstinencia (los italianos no gozan de nuestra bula) y de tal período de su vida son elocuente testimonio estas palabras del profesor Orlando: «Su bondad tenía una atractiva fuerza de expansión, tanto más admirable cuanto que prescindía de toda actitud de propaganda y actuaba en virtud del ejemplo. En la exquisitez de su intuición apreciaba que la condición esencial de nuestra intimidad era el respeto a nuestras respectivas esferas espirituales... Aunque reflexivamente hubiese querido ejercer sobre mí una acción encaminada a unirme a sus sentimientos, el mejor camino habría sido precisamente el que escogió: cualquier otro hubiese producido efectos contrarios».

Los compañeros de «Villa Macri» decían luego, bromeando: «Ferrini nos ha hecho aprender incluso la doctrina cristiana, enseñándonos cuáles son los días de ayuno y cuándo las tómporas».

Pero donde Ferrini encontró su alma gemela fué en la Universidad de Módena; el profesor Luis Olivi, catedrático de Derecho Internacional, hombre de vasta erudición y auténticamente cristiano. Intimaron pronto.

Las pocas horas no dedicadas por Ferrini al estudio, a la oración o a las tareas de cátedra las compartía con su compañero de claustro. Comían ordinariamente juntos, juntos paseaban, juntos iban a casa de algunos otros íntimos, como el profesor Sabbatini y juntos, muchas veces oraban. «¡Cuántas veces —dice Olivi— lo vi y lo contemplé orando... cuánto lo veneré por su actitud ante el altar! ¡Qué tema de edificación resultaba para el pueblo al reparar en aquel compañero mío tan bueno, tan docto, tan célebre, postrado delante del santo tabernáculo, rodeado como de una aureola de santidad! ¡Era la grandeza de la ciencia que se inclinaba reverente ante la grandeza de la fe!»

En los atardeceres dominicales solían hacer, a pie, largas excursiones hasta los pueblecillos vecinos.

Por eso Olivi que tan íntimamente conoció a Ferrini fué luego el apóstol incansable para que se iniciase el proceso que atestiguase la heroicidad de las virtudes de su amigo. Y es curioso que cuando Olivi, después de varios años de santa insistencia y de oración, ya abierto el proceso, fué a declarar en él por segunda vez, sufrió, ante el tribunal episcopal, un ataque de parálisis que le privó de la palabra y, poco después, de todo sentido. Se invocó fervorosamente la protección de Contardo Ferrini, para que al menos pudiera recibir los Sacramentos; Olivi recobró el conocimiento, recibió el Viático y a las dos semanas del ataque pasaba a mejor vida, el día de Santo Tomás de Aquino de 1911.

La conversación de Ferrini, de gran amplitud cultural, era alegre y a veces salpicada con alguna ingeniosa sátira que agradase sin ofensa. Porque lo más doloroso para él era que la conversación amistosa degenerase en maledicencia. Entonces, como en el caso de alguna expresión inconveniente, reflejaba en el rostro el pesar que ello le producía. «Se entretenía —dice uno de sus compañeros de excursiones alpinas— en amistoso y grato conversar hablando de los encantos de la naturaleza, de los pequeños episodios cómicos de la jornada, del camino andado y del que aún quedaba por andar, mostrándolo sobre los mapas que siempre llevaba consigo. Se reía, se bromeaba y Ferrini participaba en ello. Mas si, por

acaso, alguien dejaba escapar alguna ingeniosidad poco decente o una palabra de murmuración o que pudiera en algún modo ofender a aquella alma pura, se mostraba molesto frunciendo el entrecejo. Era preciso cortar la conversación; su actitud se imponía a todos.»

Frecuentemente, cuando trataba con amigos íntimos o con sacerdotes su conversación se hacía verdaderamente santa y santificadora. Era el mismo tono de las cartas a sus íntimos. Uno de éstos, Víctor Mapelli, nos confirma que «Ferrini gustaba mucho de entretenerse con las cosas de Dios mostrando el deseo de la vida futura. Intercalaba reflexiones espirituales en sus consideraciones científicas y aun en las cosas más corrientes de la vida práctica. Esto era natural en él y su conversación resultaba así espiritualmente edificante».

¿La razón de todo esto? «Ante todo —había escrito en su *Programa de vida*— advirtamos la importancia de hacer nuestra piedad fácil, atenta, atrayente. Incluso en las cosas pequeñas hemos de cuidar esta santa amabilidad que es un verdadero acto de fe: ¡Nunca un saludo sin una sonrisa; nunca un favor pedido, que sea rechazado; nunca una entrevista de la que un alma se vaya menos satisfecha!... ¡Y cuánto importa rodear a los buenos con aquella estimación y afecto, con aquella santa amistad que no tiene par en la tierra! ¡Cuánto importa hacer comprender a los malos que no los despreciamos, que no nos tenemos por mejores que ellos y hacerles entrever con la más asidua caridad que esperamos tenerles un día a nuestro lado!»

«No sin dolor —añade— oímos incluso a personas buenas contar culpas y defectos ajenos. Se lisonjean porque dicen cosas verdaderas y no saben los pobres que divulgan lo que debiera permanecer oculto en sus almas porque revelar una culpa desconocida para el que la escucha es abominación a los ojos de Dios... ¡Pidamos a Dios que nos ayude en esto y que nos dé luz para discernir siempre (cosa no fácil) la maledicencia, incluso cuando se cubre de piedad o parece santo lamento de un alma ante la contemplación del mal!»

Temeroso de estos peligros, Ferrini había propuesto en su *Reglamento de vida*: «Antes de cualquier conversación me encomendaré con un Ave María».

El afecto a la familia. - Celibato de Ferrini

Si Ferrini rendía este culto a la amistad no menos admirable era su afecto a la familia. Desde la Universidad de Mesina pasó sucesivamente a las de Módena y Pavía sólo por acercarse a los suyos, que residían en Milán. La proximidad entre estas dos ciudades le permitía pasar en la casa paterna buena parte de la semana, y los días de lección en Pavía se hospedaba en casa de su hermana casada en esta ciudad. Así se desarrollaron sus últimos años.

Hemos visto la sencillez con que Ferrini, ya profesor famoso, ejecutaba menesteres domésticos insignificantes a la menor indicación de su madre.

El mejor amigo de Contardo fué, sin duda, su padre, profesor de Física en el Instituto Politécnico de Milán. Juntos, por la mañana, iban a la iglesia y a ella volvían al atardecer, después del paseo en común; juntos hacían sus excursiones campestres y juntos asistían a la Conferencia de San Vicente o a los actos de la Orden Tercera de San Francisco; y aunque cada uno explicaba sus lecciones en centro diferente, juntos las preparaban en el mismo despacho, una mesa frente a la otra. Tan unidos siempre que muchos les creían no padre e hijo, sino hermanos.

Y, sin embargo, un hombre tan amante de la familia, el educador de sus sobrinos que se deleitaba con los pequeñuelos, no quiso constituir su propio hogar. No faltaron intentos, algunos de ellos bastante decididos, de

mamás con hijas casaderas que veían un magnífico partido en el joven profesor. Su propia madre le habló a veces del tema y Contardo le respondía siempre: «Te agradezco mucho el interés, pero no tengo tiempo de pensar en ello.» En cierta ocasión le ponderaban todo lo que podría heredar una de aquellas jóvenes: «Al morir su padre, tanto; al morir la madre, esto otro; cuando muera el tío...»

Contardo interrumpió: «¡Cuántos cadáveres!»

En otra ocasión, una familia que veraneaba en Suna organizó una fiesta juvenil con marcada finalidad casamentera y encomendó la presidencia a Ferrini, que hacía excelente pareja con la niña de casa. Llegados «ellos» y «ellas» se le pidió a Contardo que abriese la fiesta. No se hizo rogar, se levantó y dijo: «¡Declaro abierta la reunión y les deseo que se diviertan!»

Dicho esto se dispuso a marchar. La señora de la casa toda desolada le salió al encuentro y en tono de afectuoso reproche le dice:

«—¿Por qué no se queda? Todavía hay tiempo de que usted ocupe un puesto y elija esposa»

«—¿Le parece, señora, que me he hecho merecedor de semejante castigo...?» ¿Por qué esa obstinación de Ferrini en el celibato? Cuando se hablaba de este tema Contardo solía decir jocosamente que él se había desposado con la ciencia. Esto era cierto, pero había una razón mucho más profunda. Cuenta su íntimo, el profesor Olivi, que cuando tuvo suficiente confianza con Ferrini para plantear este problema le dijo que a su parecer un cristiano debería moralmente o abrazar el matrimonio o el estado eclesiástico a fin de conseguir el cúmulo de gracias indispensables para el cumplimiento de la propia misión. A lo cual respondió Ferrini que sobre ello había consultado a un docto y piadoso sacerdote que le había respondido con el dicho evangélico: *In domo Patris mei mansiones multae*. «Comprendí entonces —añade Olivi— que su vocación era completamente extraordinaria y especial.»

En efecto, el motivo del celibato de Ferrini era profundamente sobrenatural: el amor a la virginidad como estado más perfecto que el matrimonio. «Nada hay —escribe— tan fecundo en la Iglesia como la virginidad bajo la sombra del espíritu del Señor.» Y frente a las dificultades para guardarla Ferrini testimonia: «Los protestantes y los racionalistas dicen que es imposible lo que la experiencia de tu gracia, ¡oh Señor nos persuade!»

«La virginidad fecunda de María—dice en el *Programa*—es bella imagen de la virginidad católica. Gozosa de la paz de Dios, de la alegría continua de esperanzas inefables, llena de una caridad que desearía extenderse hasta la última de las criaturas con el ejemplo, con la oración, con la vida toda dirigida a un apostolado de bien y que a todas partes lleva bendición y salud.» De ahí, la lucha por la virginidad. «Yo no sé que otra cosa pueda proporcionarnos mayores tesoros de salud que esta guerra gallarda. Alabemos en la tierra al Dios de los vírgenes, escojámosle como esposo de nuestras almas; cantemos el cántico de su gloria porque El vence. ¡Vendrá un día en que entonaremos otro cántico que no todos podrán cantar!»

Y en su *Reglamento de vida* se había trazado esta norma de conducta: «Amaré, sobre todo, la santa pureza, encomendándome siempre a María, a San Luis y a San Contardo y manteniendo una gran vigilancia.»

La caridad de Ferrini

Ferrini fué hombre generosamente desinteresado. No acostumbraba a exigir una retribución a los editores de sus obras, sino que aceptaba lo fijado por ellos «conten-

tándose —dice Bonfante— con una retribución muy inferior al valor de sus escritos».

Sabemos por el propio Bonfante que Ferrini renunció en favor de éste un encargo de cátedra bien retribuido en la Universidad de Pavía, en atención a las necesidades familiares de su compañero.

Las circunstancias, favorecidas por el deseo de Ferrini de ver a los católicos milaneses consolidarse en el campo industrial, le llevaron a formar parte de una empresa siderúrgica a la que apostó todo su capital de 30.000 liras. Hubo un primer momento de prosperidad al que sucedió otro de crisis. Surgieron puntos de vista distintos en el seno de la entidad, para resolver la situación, y algunos socios entendiendo desacertada la actuación del director gerente trataban de exigirle responsabilidades. Ferrini fué elegido presidente de la sociedad, se opuso tenazmente a tal exigencia y, según testimonia el abogado de la compañía, «hizo obra de pacificador y perdió su capital sin recriminación alguna, conservando la amistad con aquellas personas que habían sido, al menos, ocasión de tal pérdida».

En las Conferencias de San Vicente, Ferrini encontró campo propicio para ejercer la caridad. Por el testimonio de algunos amigos y, especialmente, de sacerdotes, sabemos que era largo en hacer limosnas, aunque siempre de la manera más oculta posible. En las subscripciones públicas, si eran con finalidad honesta y religiosa, su modesto óbolo jamás faltaba. Secretamente ayudaba a estudiantes de la Universidad que se hallaban necesitados.

«Sé —añade el confesor de Ferrini en Suna— que socorría a los pobres y que ninguno se dirigía a él que no recibiese ayuda. Me consta que favorecía también a los clérigos pobres, pero siempre secretamente... Una vez me dijo que pensaba hacer una obra benéfica. Le advertí que debería pensar en su vejez. Añadió entonces que además de su sueldo recibía algo por artículos y estudios publicados y que, en definitiva, ya pensaría en ello la Providencia de Dios.»

Esta misma manera de proceder, ocultando sus limosnas, revela claramente el espíritu evangélico de la conducta de Ferrini. Pero tenemos, además, una expresa y terminante confirmación en una de las normas de su *Reglamento de vida*: «Amaré —dice— la santa pobreza y trataré de practicarla con relación a los pobres, viendo alegremente las pérdidas y demás daños, en el vestido, y dando las cosas superfluas.»

Pero la caridad de Ferrini se dilataba hasta horizontes mucho más amplios. Su cortesía, sus buenas maneras, su afabilidad nunca turbada por el mal humor, eran proverbiales. Ya vimos que cuando Necchi y su compañero saludaron a Ferrini, éste les respondió «con la máxima cortesía y con aquella sonrisa tan dulce que le era habitual». Sus compañeros de estudios sabían que a Ferrini se podía acudir siempre para obtener los apuntes que pudieran faltarles o para aclarar algún punto obscuro.

Y es que para Ferrini «nuestros hermanos son la imagen de nuestro Padre y bajo sus apariencias se esconde el Salvador. ¿Hay necesidad de más para excitar nuestra ternura?»

Vimos su cuidado por la amabilidad aun en las cosas que parecen pequeñas —el saludo sonriente, el favor siempre otorgado, la entrevista siempre cordial— y su deseo de rodear de santa amistad a los buenos y de hacer comprender a los malos que no se les desprecia. «Especialmente con los jóvenes —dice— puede ser eficazísimo este tácito lenguaje de los múltiples artificios que la caridad sabe inventar: quizás en un corazón duro a la voz de la fe puede penetrar la del amor.»

Para Ferrini «la mansedumbre, la dulzura, la ama-

bilidad con todos son una parte integrante de nuestros deberes. «¡Aquí hay —dice— todo un apostolado!»

Su conducta, pues, regida por estas ideas no es más que una aplicación fiel de su *Reglamento*: «La caridad del bien moral de los demás será mi primer cuidado. Hablando a los demás de Dios le rogaré que termine la obra con su acción inefable. Si no tengo éxito no perderé la esperanza y suplicaré con mayores instancias. Si lo tengo, a El la gloria y el honor, a El que, para las obras grandes, escoje cuanto hay de inepto y despreciable en esta tierra.»

Pero añadamos algo que tiene difícil trascendencia al exterior: el espíritu de mortificación de Ferrini. Ponderando los daños que a la juventud determinan la incredulidad y el vicio afirma: «No creo que exista remedio mejor que el ofrecimiento de nuestros padecimientos por el bien de nuestros hermanos. Es imposible que el Corazón de Cristo lo rechaze. El alma que llora y sufre para que *venga su Reino*, ejerce un poderoso apostolado. Muchas veces más que todas las fatigas y trabajos de predicadores y misioneros ante los ojos de Dios vale un amoroso holocausto, que se asemeje al de su Hijo.»

Toda su vida está salpicada de pequeñas, pero constantes mortificaciones: «Durante las comidas —dice en su *Reglamento*— procuraré siempre alguna mortificación... y fijaré antes de ponerme a la mesa la mortificación que he de hacer en ese día. Respecto al café guardaré gran indiferencia y, pudiendo, no le pondré azúcar. Resistiré a los deseos de azúcar u otras cosas aun cuando me pareciesen necesarias, acordándome de que siempre es bueno combatir la gula... Durante las comidas pensaré en Jesucristo bebiendo hiel... para compensarlo con alguna mortificación... Al oír desgracias o pecados de los demás pediré inmediatamente por ellos.»

Sólo después de morir Contardo, cuando se conoció este Reglamento, supieron en su casa que el café le gustaba azucarado.

Contardo Ferrini, alpinista

Su Santidad Pío XI, que antes de subir a la cumbre del Pontificado había subido muchas veces a las cumbres alpinas, en una de sus primeras cartas apostólicas exalta las virtudes de San Bernardo de Mentón, que empleó su vida en ayudar a los caminantes de los Alpes, y le declaró protector del alpinismo y de los alpinistas. «En verdad —concluye el documento— entre todos los ejercicios de honesta diversión —cuando se evite la temeridad— ninguno puede considerarse más beneficioso que éste para la sanidad del alma y la del cuerpo. Mientras con la dura fatiga y el esfuerzo para ascender adonde el aire es más sutil y más puro, se renuevan y robustecen las fuerzas, sucede también que afrontando dificultades de toda clase se fortalece uno para los deberes más arduos de la vida, y contemplando la inmensidad y la belleza de los espectáculos que desde las sublimes cumbres de los Alpes se ofrecen a la mirada, el alma se eleva fácilmente hasta Dios, autor y señor de la naturaleza.»

Contardo Ferrini puede decirse que realizó puntualmente este programa. El mismo año en que terminó su bachillerato, realizaba su primera gran ascensión alpina, al Monte Rosa. A Contardo se le quedó el alma prendida en aquellas alturas y ya nunca interrumpió tan arduas ascensiones hasta los mismos días de su muerte. Porque Ferrini murió al regresar de una excursión que, proyectada al Monte Rosa, hubo que limitar por el estado de su salud; bebió agua de un arroyo, probablemente contaminado, y murió de tífus el 17 de octubre de 1902.

«El alpinismo —dice Olivi— era su pasión. Una gira a los Alpes tenía la virtud de hacerle dejar, por algunos

días, los profundos estudios que le absorbían totalmente. En aquellas excursiones encontraba siempre temas nuevos para liberar el cuerpo y el espíritu.»

Mil veces, Ferrini capitaneó grupos de alpinistas que, en Suna, venían a encomendarse a su gran experiencia y a cuyos ruegos accedía fácilmente, alegre y jovial entre los camaradas. Era un guía grato, no sólo por su experiencia montañera, sino porque hablaba con entusiasmo de aquellas cumbres, proporcionaba datos geológicos, y de la flora y de la fauna alpinas. Si la cultura de sus interlocutores lo permitía, añadía a sus explicaciones la gracia de la poesía griega, latina o alemana, y cuando a tanto no llegaban sus oyentes, siempre resultaba oportuno un verso de Dante, de Parini o de Carducci, para elevar el sentimiento. No faltaban tampoco los consejos para que los inexpertos se abstuviesen de determinados frutos o de beber agua en ciertos arroyos, consejos no siempre escrupulosamente observados por el propio guía. «Recuerdo —dice uno de sus compañeros de excursiones— la algazara de su pequeño ejército cuando sorprendió al profesor Ferrini que transgredía sus preceptos, echado a tierra, después de largas horas de cansancio, para beber un poco de agua.» Una de aquellas transgresiones fué mortal para Ferrini. Ciertamente al comenzar su última excursión ya se sentía algo indispuerto, y sólo después de beber el agua pudieron temer que se hallase contaminada.

Mas si en esto cedió alguna vez, en punto a la observancia de los deberes religiosos, durante las excursiones se mostró siempre inflexible. Al organizarlas excluía siempre los días festivos, o por lo menos contaba con el tiempo necesario para oír la Santa Misa, aun cuando con ello sufriese algún retraso la marcha. Jamás quebrantó tampoco el ayuno o la abstinencia, aun cuando el cansancio fuese grande y no hubiera facilidad para encontrar comida apropiada. Su compañero en la última excursión, el abogado Albasini Scrosati, cuenta que un viernes, después de dos días de fatigoso camino por la montaña y faltando todavía otro de viaje, fueron a buscar comida de vigilia en una humilde hospedería alpina. Al no encontrarla, Albasini se consideró dispensado de la abstinencia; Ferrini, sólo comió un pedazo de salmón que llevaba consigo.

¿Cómo se explica esta pasión de Ferrini por la montaña? ¿Hay en esta afición *apasionada* algo que, aun siendo lícito, no responda al mismo espíritu que hemos visto en las demás manifestaciones de su vida?

Leámosle: «¡Cuántas veces desde las arduas cimas del Zeda y del Marona he mirado con indefinido placer el inmenso panorama que se extendía a mis pies! ¡Con cuánto agrado he pasado largas horas en los glaciares de Macugnana, entre los abetos y las cascadas alpinas! Eran precisamente aquellos panoramas, aquellos abetos, aquellas candidas cimas enrojecidas al sol naciente; era el blando rayo de la luna, que jugaba en la callada noche, reflejo de la encrespada superficie del lago, los que despertaban, poderoso, en mí el sentimiento religioso, ideal, y el odio y desprecio para toda fealdad. Si yo fuese poeta, hubiese sido entonces el momento de mi inspiración. El sentimiento de la naturaleza se presentaba evidéntísimo... en la Biblia, es decir, en la literatura del único pueblo verdaderamente *idealista*... En nuestro corazón y en estos cánticos es la idea de Dios la que suscita nuestra admiración ante la naturaleza y la que anima el espectáculo que ésta nos ofrece... Es hermoso sentir desde una cima solitaria del monte el solemne acercarse de Dios y contemplar en la naturaleza indómita y severa la sonrisa perennemente joven de El!».

Por eso dice Ferrini que «el sentimiento de la naturaleza, esta preciosa dote de las almas privilegiadas, debiera tener una grandísima parte en nuestra educación.

Verdaderamente, en aquellos contactos con la naturaleza sentimos la proximidad de Dios y contemplamos sus maravillas».

Ferrini era, pues, alpinista porque desde los montes terrenos ascendía más fácilmente al Monte Santo de Dios.

Ferrini, hombre público

Ferrini no es un intelectual desarraigado del mundo que le rodea y que habita en el mundo ideal de sus elucubraciones y lecturas. Vivía las inquietudes del momento con un sano y hondo realismo, y sintió los dolores y las glorias de su patria en su propia carne.

Bien lo mostró en el mismo campo de sus trabajos, cuando con denodado esfuerzo siguió las huellas de los que trataban de recobrar para Italia el primado de los estudios del Derecho romano, empresa en la que llegó a ser glorioso capitán.

A primera vista podría parecer que el carácter de Ferrini, hombre de retiro y de estudio, se adaptase difícilmente a las exigencias de la vida política a la cual no se sentía atraído. Mas cuando fué preciso actuar, actuó en puesto primerísimo, capitaneando grupos en una admirable labor constructiva para buscar la unión de todos

los que coincidían en principios fundamentales de un orden político cristiano.

Vivió en aquellos momentos tan difíciles para los católicos italianos que siguieron al despojo de los Estados Pontificios, y en el año 1895 fué elegido concejal del Ayuntamiento de Milán, cargo en el que desarrolló una labor realmente eficiente y ejemplar. «Me parece algo excepcional —dice uno de sus compañeros de escaño— el lugar de consideración y verdadera autoridad que logró inmediatamente entre todos sus colegas del Concejo, los cuales, a pesar de su inmensa modestia, sabían que representaba un altísimo valor moral.» Trabajó, asimismo, en actividades de tipo social y tuvo una actuación destacada en la campaña victoriosa, a fines de 1901, contra la pretendida introducción del divorcio en la legislación italiana.

Si Ferrini fué a la vida política, lo hizo cumpliendo un deber de conciencia, no por afán de mando o por vanidad. «El amor a la patria terrena que Contardo Ferrini sirvió con admirable independencia de los partidos —ha escrito Monseñor Pensa—, era en él un aspecto del amor a Dios y a la Santa Iglesia. Su figura elevada a la gloria de la santidad, disiparía la vulgar acusación de que los impulsos de la piedad religiosa acorralan el vigor del obrar ciudadano.»



El magisterio de Ferrini

El amor a la cátedra

En 1882, Contardo Ferrini regresó a Italia, últimos los estudios en Berlín, cuando apenas contaba 23 años y ya había adquirido sólido prestigio de romanista. Continuó sus viajes de estudio a París, Roma y Florencia hasta mediados de 1883, y en el otoño se hallaba en Sana, sin un proyecto decidido para el futuro. El camino, sin embargo, parecía natural y obligado para aquel joven de poderosa vocación científica, hijo de un profesor eminente y sobrino de otro insigne universitario. En octubre logró la habilitación para la docencia universitaria. Es lo que en Italia se llama *libera docenza*, que sin conferir el carácter de profesor oficial, permite explicar algún curso y se exige como el primer paso de la carrera docente. La Universidad de Pavia, conociendo el valor de su antiguo alumno, fundó la cátedra de «Exégesis de las fuentes del Derecho romano», y la encomendó a Ferrini, que explicó también «Historia del Derecho penal romano».

El joven profesor, poco mayor que sus alumnos, desempeñó brillantísimamente su cometido, y en noviembre de 1885, sacada a concurso la cátedra de «Exégesis», alcanzaba la condición de profesor extraordinario, primer grado oficial en la docencia universitaria italiana. Dos años más tarde, en un nuevo concurso, Ferrini logró a los 28 años la plenitud del magisterio y era destinado como profesor de Derecho romano a la Universidad de Mesina.

Deseoso de acercarse a su familia, solicitó la cátedra de Derecho romano vacante en Bolonia, pero por mayor antigüedad en el profesorado y otras circunstancias no exclusivamente científicas, fué elegido su contrincante Brini. Parma y Módena solicitaron entonces del Ministerio el traslado de Ferrini, mientras que Mesina trataba de retenerlo a toda costa. Siempre con el deseo de retornar a su familia, Ferrini se trasladó a Módena, y allí permaneció hasta 1894 en que, con gran pesar de esta Universidad, pasó a ocupar, a petición del claustro de Pavia, la cátedra vacante de Pandectas. Al cabo de

siete años, Ferrini volvía a su Universidad y a los suyos, y al recibirle de nuevo en aquélla, el Rector exclamaba: «Nos alegramos de dar la bienvenida al compañero que, en otro tiempo alumno de esta Universidad, retorna a nosotros celebrado maestro».

Ferrini había alcanzado casi el límite de sus aspiraciones universitarias. El máximo no era Roma, porque si bien allí hubiera encontrado un campo más extenso para sus investigaciones, rechazó la invitación de esta Universidad porque le repugnaba explicar en la Ciudad Eterna arrebatada a los Papas. Su aspiración máxima era una Universidad entera y fundamentalmente católica. Si Ferrini hubiese vivido, le habríamos visto en una cátedra de la Universidad Católica de Milán. «Ferrini —ha escrito el P. Gemelli— debe considerarse, junto a otros muchos, uno de los que prepararon desde largo tiempo la fundación de nuestra Universidad. Hemos de estar agradecidos al gran estudioso que había declarado y prometido hallarse dispuesto a dedicar todas sus energías al deseado Ateneo cuando surgiese.»

Y aunque en Ferrini sobresalía su condición de investigador, ello no le disminuía su amor a la cátedra. Durante las vacaciones estivales sentía, según nos dice, la *nostalgia de la Universidad*, y tenía necesidad de aquella atmósfera de estudio, de investigación y de enseñanza en que se templan las fuerzas intelectuales. Nostalgia que sólo le disipaban las excursiones alpinas. «A los pocos días de estar inclinado sobre los libros —escribía desde Suna— siento la necesidad de enderezarme y entonces escapo a la montaña y recorro las libres cimas, olvidando gustoso, cátedra y libros.»

El ambiente universitario en los días de Ferrini

En los años estudiantiles de Contardo, la atmósfera intelectual estaba saturada de positivismo e irreligiosidad, y las costumbres escolares desdeñaban toda virtud. La mayoría de los estudiantes respondían a aquella humorística, pero exacta, definición: *animal inquietum omnia rumpens*. Al ocupar Contardo su cátedra, el ambiente apenas había cambiado. «En nuestras Universidades —escribe uno de sus alumnos de Pavía— estaba aún difundido el espíritu goliárdico hecho de epicureísmo fácil y ligero: *gaudeamus igitur...* y de abandono rebelde e iconoclasta. No resultaba difícil, por lo tanto, imaginar el oasis espiritual que en aquel desierto representaba el ejemplo vivo y elocuente de un hombre como Contardo Ferrini, rodeado de la doble aureola de la ciencia y de la santidad. Del fervor religioso de Ferrini, los estudiantes de la Universidad de Pavía hablaban como de un fenómeno, como de una cosa singular, incomprendible para muchos de ellos, pero que todos, aun los más refractarios a sugerencias y emociones de este género, sentían y declaraban como merecedor del más profundo respeto. Se sabía que el ilustre romanista, en sus visitas al Sacramento Eucarístico, permanecía largo tiempo absorto, como arrebatado en éxtasis y extraño a todo el mundo externo. Y no faltaban los discípulos incrédulos y escépticos que traspasaban los umbrales del templo movidos por la curiosidad, para ver a su profesor en un humilde banco que se transformaba en otra cátedra más fecunda y saludable. Y partían de allí, si no convertidos, afectados, por lo menos, en su indiferentismo o en su descreimiento.»

A pesar de todo aquel ambiente de indisciplina y libertinaje, no faltaron las irrespetuosidades al profesor creyente. Ya hemos dicho que Eduardo Gemelli asistía a la cátedra de Ferrini para sonreír ante aquel catedrático que en los días del positivismo triunfador aún creía en Dios. Otras veces, cuando Ferrini se dirigía a la

cátedra, no faltaba un gracioso que para despertar la hilaridad de sus camaradas le seguía los pasos lentamente, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada como en actitud de recogimiento religioso. En otras ocasiones, los estudiantes fueron entrando en clase con unos minutos de intervalo y daban un fuerte portazo que interrumpiese la explicación, a fin de irritar al maestro. Incluso hubo uno más osado que en la lista de los alumnos modificó un apellido convirtiéndolo en una expresión grosera; al pasar lista, Ferrini pronunció aquella palabra, con la algazara consiguiente. Otro día, mientras daba su clase, irrumpieron los escolares en huelga, para darla por terminada. En todas estas ocasiones, Ferrini reaccionó con una serenidad edificante, y los mismos alumnos se encargaron de corregir tales excesos. Y así, como afirma uno de sus antiguos discípulos, «sin que se pudiese decir cómo ni por qué era uno de aquellos hombres que con sólo su trato y conversación difunden a su alrededor una especie de aire de serenidad y de paz quietadora. Esto explica por qué (a pesar de que su naturaleza fuese tan diversa y casi antagonista de lo que es, generalmente, el temperamento *goliárdico*) el profesor Ferrini fuese uno de los más *estimados, admirados y queridos* maestros de la Universidad de Pavía».

Ferrini en la cátedra

Los días de Ferrini eran más solemnes que los actuales, en que ha desaparecido la costumbre, que nuestros padres conocieron, de explicar con traje académico. Ferrini explicaba puestos los guantes negros como expresión de su respeto a los escolares y hablaba sentado en la cátedra. Su palabra era fluida y elegante, y a través de ella se percibía con claridad diáfana la idea. «Cuanto tuvieron la fortuna de escuchar las lecciones de Contardo Ferrini —dice uno de sus afortunados discípulos, el gran romanista De Francisci— saben cómo lograba a veces la altura de la obra de arte por la medida, por el equilibrio, por la claridad elegante. Su exposición era serena y sin adornos polémicos, mas sus lecciones no eran la fría exposición del texto o del concepto jurídico; buscaba la razón íntima del sentido de justicia que radica en la conciencia del pueblo, y en sus labios todo el viejo Derecho de Roma cobraba nueva vida, muchas veces, capaz de aplicarse a las más palpitantes cuestiones actuales.» «Parecía, propiamente —recuerda uno de sus alumnos—, que todo cuanto decía lo hubiera sabido siempre, habiendo vivido en todas las épocas que describía. De esto que podría parecer una hipérbole dará testimonio cualquiera que lo haya tratado o haya estudiado con él. ¡Nos parecía, entonces —añade—, que Triboniano le hubiese hecho confidencias!» A veces traía a colación la autoridad de los juriconsultos romanos frente a problemas vivos hoy como antaño, y así, dice otro de los alumnos, la definición de matrimonio dada por Modestino resultaba la más bella refutación del divorcio, en labios de Ferrini.

No siempre la explicación tenía ese elevado tono que a veces adquiría. Especialmente en las clases reducidas como en la de «Exégesis de las Instituciones de Justiniano», la cátedra preferida de Ferrini, su exposición era más bien una conversación familiar y se complacía en suscitar discusiones que encauzaba, mostrando entonces —dice su mejor biógrafo— «no sólo su ciencia y su sabiduría, sino también la exquisita gentileza de su espíritu y la indulgente bondad de su corazón».

No es extraño, pues, que los alumnos de Ferrini siguiesen sus explicaciones con una atención excepcional. Mas no todos los temas ni todos los elementos son igualmente propicios para mantener el interés. Entonces —nos dice otro de sus alumnos— introducía en la expli-

cación alguna anécdota o alguna comparación que sirviendo para aclarar el tema atrajese la atención de los oyentes. Y si advertía que alguno quedaba sin comprender la idea, volvía a insistir sobre ella exponiéndola de otro modo para presentarla con mayor claridad. Todavía invitaba a los que no le hubiesen entendido para que, sin vacilación, le expusiesen sus dificultades y, gustoso, las aclaraba y daba las informaciones pedidas.

Es curioso observar, y de ello daremos explicación oportuna, que Ferrini no hacía alusiones de tipo religioso en su cátedra. Si Ferrini —dice un discípulo— se hubiese salido del tema académico en defensa de la Religión, los alumnos se hubiesen admirado de ello; hasta tal punto se limitaba a sus temas jurídicos.

Su labor docente no se reducía a la mera explicación de los temas. «La cátedra me ocupa mucho —escribía a uno de sus compañeros—: hago también ejercicios y conferencias.»

Por todo ello es natural que Ferrini despertase entusiasmo entre sus alumnos y suscitase vocaciones, aun sin formar una escuela propiamente dicha, como tendremos ocasión de ver.

En los exámenes, Ferrini era, según el testimonio de sus alumnos, imparcial, justo y bueno. Jamás se quejaron de él por injusticia o por excesiva severidad, y los examinandos tenían plena confianza de que conseguirían una calificación justa. Pero sabían, asimismo, que las recomendaciones, lejos de favorecerles, les perjudicaban; Ferrini no las admitía.

El método didáctico de Ferrini

En un breve estudio sobre el «Digesto», que publicó cuando ya contaba cerca de diez años de experiencia docente, Ferrini decía: «La experiencia me ha demostrado que en la enseñanza se debe mantener la máxima sencillez de expresión y que la cita continua de escritores, de libros, de controversias menudas y eruditas, engendra, frecuentemente, confusión e impide comprensión clara de las cosas fundamentales. Por esto mi enseñanza se ha venido haciendo cada vez más clara y metódica.»

Si en los primeros años de su magisterio hubo exceso de erudición, pronto podó la fronda para hacer más abundantes y sazonados los frutos. Como obra de un artífice escrupuloso, su exposición fué haciéndose más definida y cristalina hasta conseguir la rara habilidad de «hacer —como dice Bonfante— asequible a cualquier inteligencia la comprensión de las doctrinas más arduas.»

Mas esta claridad tan alabada ha encontrado algún reparo en docentes insignes como Scialoja y Bonfante.

Para Scialoja, la magnífica claridad expositiva de Ferrini «podría decirse excesiva, porque la obscuridad resulta sugestiva, a veces, y, cuando no nace de vicio del que habla, sino naturalmente de la dificultad misma de las cosas, contribuye a excitar el curioso ingenio de los discípulos más destacados. Mas ¡cuántos, con razón, envidiarían aquel buen defecto de una claridad excesiva!».

El argumento de Scialoja seduce, pero, en definitiva, no convence del todo. Ni el tono de una exposición puede mantenerse sólo para los privilegiados, ni las cuestiones difíciles, aun resueltas con aparente sencillez, dejarán de mostrar a los más sagaces la belleza de su propia dificultad. Aparte de que no resulta pequeño estímulo el deseo de lograr la difícil facilidad del maestro para resolver las arduas cuestiones.

Bonfante, a su vez, aun ensalzando la maravillosa claridad de Ferrini, afirma que al no llevar la polémica a la cátedra, «su enseñanza calentaba dulcemente, pero no inflamaba», y ello justifica que, al no haber en la

cátedra junto a Ferrini quienes intentaran resolver conflictos de hombres y de ideas, no formase escuela propiamente dicha. Los discípulos los engendraba como investigador con sus escritos, no como maestro en su cátedra. «En este sentido —dice— todos somos sus discípulos.»

Mas como bien dice De Francisci, Ferrini «no trataba de hacer romanistas, sino formar juristas prácticos para quienes el Derecho romano debía ser alimento vivo e instrumento para comprender el Derecho vigente». Si no formó escuela —añade— fué por su extenuante trabajo de investigación y su corta vida. Los que le conocieron saben cómo podía ser maestro y qué dominio ejercían su viva inteligencia y su bondad generosa.

En definitiva, como reconoce Bonfante y confirma Segré, «si por discípulos entendemos también cuantos han gozado de la luz intelectual que expande su obra científica, cultivando los mismos u otros campos de estudio; que han tomado ejemplo de su seriedad y novedad de investigación y método, entonces bien puede decirse, por fortuna, que sus discípulos son una numerosa legión».

Ferrini, maestro de vida

Ferrini no se limitaba a esa simple coincidencia de profesor y alumnos en el aula, donde mientras el uno habla, los otros escuchan... o hablan también, leen o juegan ajenos a las doctas disertaciones magistrales. Ferrini *convivia* con sus alumnos, porque acabada la lección, en la Universidad y fuera de ella conversaba como un amigo con sus discípulos, les estimulaba, les aconsejaba y les prestaba todas las ayudas que tenía a su alcance. Les recibía en su casa para facilitarles sus estudios. Me permitió —dice uno de ellos— que fuese a su casa casi diariamente para adiestrarme más en la lectura del *Corpus iuris*, que él, entonces muy joven, conocía como el más proveccto romanista después de larga carrera.» «Era con nosotros —dice el abogado Albasini, luego su compañero de alpinismo— un verdadero padre, tratándonos siempre como en familia e incluso en la Universidad parecía que hablase con amigos.»

No sólo acogía a los alumnos en su casa; le acompañaban frecuentemente mientras les explicaba puntos difíciles de sus estudios, y en el transcurso de estas conversaciones aprovechaba las ocasiones propicias para exhortarles a la virtud. No era raro que los condujese a visitar a Jesús Sacramentado o, durante el mes de mayo, a la Santísima Virgen. Invitó a alguno para que se inscribiese en las Conferencias de San Vicente. «Su celo religioso —afirma Gino Segré, su discípulo de religión judía— estaba tan lejos de la intolerancia religiosa como ajeno a necios prejuicios.» Sus conversaciones mantenían un tono elevado, sin que faltasen las bromas, y nunca resultaban pesadas.

Muchos de aquellos jóvenes a quienes trató así en Mesina o Módena, al acabar sus estudios guardaron afectuosa correspondencia con su antiguo maestro, y cuando pasaban por Milán acudían a saludarle. Alguno, como Gino Segré o De Francisci, se inclinaron por el Derecho romano, y encontraron en él no sólo un maestro, sino un amigo generoso, sin aquellos celos que muchas veces se advierten en el campo intelectual.

De Francisci cuenta que en su primera entrevista, Ferrini le aconsejó que no limitase su estudio a una o pocas ramas de las ciencias jurídicas o históricas, y añadió: «Ten presente que para que la pirámide sea alta, su base ha de ser muy ancha».

A los alumnos intelectualmente indisciplinados les dejaba trabajar según las propias iniciativas, aunque aquel camino no condujese a resultados positivos, pues

de esta manera llegaban a profundizar en materias que desconocían. Vigilaba benévola desde lejos, respetando las inclinaciones de cada uno, corrigiendo y orientando oportunamente, y «todo esto —añade De Francisci— con una suave y afectuosa indulgencia, como si temiese humillar o desanimar al discípulo que a él, por el contrario, le gustaba corregir, estimular y confortar sobre todo en las horas de vacilación y desaliento».

De esta manera, Ferrini resultaba para sus alumnos, maestro mucho más fecundo que en la propia cátedra. «A todos los que dentro y fuera de la Universidad de algún modo se le acercaban —dice De Francisci—, se les mostraba como un maestro de vida. La firme y no ostentosa fe que inspiraba cada palabra y guiaba cada gesto; la constante y rigurosa coherencia entre el pensamiento y la práctica; la valiosa afirmación de su sentimiento católico en un mundo en que parecía debilidad no proclamarse, con grotesca expresión, librepensadores; la serena sencillez de la vida; el amplio y generoso sentido de humanidad; la sed inextinguible de bondad y de verdad; la absoluta dedicación a su deber; el ascético vivir en su trabajo y para su trabajo, que sólo interrumpía para orar o para escalar las cimas de los Alpes, como si quisiera allí arriba sentirse más cerca de Dios; toda esta riqueza espiritual fascinaba misteriosamente no sólo a los amigos, sino también a los adversarios y le procuraba el amor y respeto de compañeros y discípulos.»

El espíritu de Ferrini en su magisterio

La cátedra era para el gran romanista una atalaya apostólica. «Enseñaré con paciencia y celo —dice en su Reglamento de vida—, procurando ayudar a las almas, al menos con internas aspiraciones, lo cual haré siempre que haya de tratar con los demás.»

Esto justifica cierta preferencia que Ferrini mostraba hacia sus alumnos incrédulos o poco religiosos. Temió Ferrini que esta predilección redundase en perjuicio de los demás discípulos o que sirviera de escándalo, y consultó a su confesor. Le preguntó éste por qué distinguía a los incrédulos:

—Para llevarlos del error a la verdad, si me fuese posible—respondió Ferrini.

—También Nuestro Señor prefería de este modo a los pecadores—le dijo el sacerdote.

Puede parecer un poco extraño que Ferrini evitase en su cátedra los temas religiosos. Lo explica claramente el Cardenal Mercati, colaborador de Ferrini: «En la cátedra jamás salía del estricto tema académico y no hablaba de religión. Esto me lo decía él mismo, y añadía que con los estudiantes de nuestro tiempo no se podía hacer otra cosa. Una vez me dijo que en cátedra sólo oportunamente, cuando la materia ofrecía como por sí misma reflexiones buenas, las hacía. Evidentemente, él estimaba que así haría bien a sus oyentes, o al menos les impresionaría; mientras que de otra forma, les apartaría».

La cátedra actual de Ferrini

Tratando de ofrecer el contorno espiritual de Ferrini, hemos presentado una figura demasiado pulida y redon-

deada. No se advierten en ella aristas ni salientes, pero el defecto es nuestro. Sería un error mayúsculo imaginarse un Ferrini de tan *buena pasta*, que no hubiese tenido que luchar en defensa de su castidad frente al encrespase de las pasiones; que nunca hubiese sentido los agujonazos de la vanidad y del orgullo en medio de sus grandes triunfos científicos; que jamás se hubiese sentido trabajado por las tentaciones o por los enemigos naturales y sobrenaturales del hombre. Ferrini era hombre sujeto como todos a la tentación, pero por eso fué santo. Porque de todo ello triunfó con el ejercicio heroico de la virtud fortalecida por la gracia. Un heroísmo manso, si se quiere, sin manifestaciones taumatúrgicas, sin milagros; porque, como ha dicho S. S. Pío XII, su milagro es Ferrini mismo, su vida que asciende del escalón de la ciencia humana, al de la ciencia religiosa para, desde allí, sublimarse en la supereminente ciencia de la caridad de Cristo.

Contardo, que buscando oraciones quiso reposar en el rústico cementerio de Suna, al pie de sus Alpes tan amados, descansa desde ahora en la capilla de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, de Milán, una de cuyas cátedras deseaba; allí donde diariamente alumnos y maestros adoran al Santísimo Sacramento, expuesto desde la mañana a la noche. No le faltarán las oraciones que anhelaba, aunque cambiadas de signo. Serán las oraciones de los hombres de ciencia, de los jóvenes que sienten las inquietudes del saber y que han de forjar la sociedad futura; de todos los peregrinos del espíritu, que no vendrán a pedir por él, sino que vendrán a oírle en su nueva y esplendorosa cátedra, en su tumba transformada en altar. Y él será el gran intercesor cerca de Dios, para dar a los sabios la única y verdadera sabiduría: la sublime sabiduría de la humildad y de la caridad de Cristo.

«Ningún universitario mejor que Ferrini —ha dicho el P. Gemelli— puede hablar con su vida un lenguaje elocuente a los universitarios... porque él habla no sólo con sus palabras, sino con la elocuencia de una vida entera.»

Porque Ferrini es santo. «Santo —son palabras de S. S. Pío XII— no como a menudo se lo figura el mundo: un hombre extraño a la vida terrena, incapaz, inexperto, tímido, irresoluto. No, Ferrini era un santo de su tiempo, del siglo del trabajo vertiginoso, del siglo en que la mente y la mano del hombre tienden a sojuzgar técnica y científicamente la fuerza operante de todo el universo sensible... Es el hombre de la realidad moderna, pero también el santo de la hora presente; el místico de la unión con Dios, en el que se había sumergido, y al mismo tiempo el místico, por así decirlo, del hecho y de la acción, de aquella laboriosidad que no es considerada, como al desconocer el orden divino, fin de sí misma o elevada a una especie de sustitutivo de la religión, sino que recibe estímulo y fuerza, dignidad y eficacia del Creador y señor de toda verdad y no conoce más que un solo y altísimo fin: la gloria de Dios y el verdadero bien de la humanidad.»

Isidoro Martín

Catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Murcia
y Director del Colegio Mayor «Cardenal Belluga»
de la misma Universidad

Las "Conversaciones Católicas Internacionales" de San Sebastián

Siguiendo el proyecto felizmente llevado a cabo por vez primera en 1935, interrumpido ya, por desgracia, en los siguientes años a causa de nuestra guerra de liberación y posteriormente por la tragedia que ensangrentó a casi todos los pueblos del mundo, se han reunido en los primeros días del pasado mes de septiembre, en San Sebastián, los representantes de selectos grupos católicos pertenecientes a diversos países. Las reuniones se han celebrado bajo el significativo título de «Conversaciones Católicas Internacionales», pues en realidad más que de una serie de conferencias, se ha tratado de un auténtico intercambio de puntos de vista, dentro de un marco de verdadera sinceridad y fraternidad, sobre la multitud de cuestiones que acongojan a la sociedad, tratando de dar a las mismas soluciones adecuadas de conformidad con la doctrina de la Iglesia.

Han tomado parte en las «Conversaciones» personas destacadas en el mundo intelectual de dieciocho naciones. No han faltado entre ellas elementos pertenecientes a algunos Estados que se encuentran todavía privados de su libertad, o en los que la Iglesia y sus fieles son objeto de severa vigilancia cuando no de sañuda persecución.

No hay que subrayar la importancia trascendental que pueden encerrar tales «Conversaciones», no tanto por sus resultados inmediatos, quizá, como por la esperanzadora realidad de que son índice, y especialmente por la trascendencia que en orden al mayor conocimiento de las verdades religiosas en su aplicación a las necesidades perentorias de la Humanidad puedan entrañar; sin olvidar el estrechamiento de lazos de cristiana hermandad entre los católicos del mundo entero, que tales reuniones deben reportar, resultado que por sí sólo justificaría ya la frecuente convocatoria de las mismas.

Muy conveniente habría de ser, para el logro de un éxito eficaz y duradero, que en dichas reuniones o en otras similares, se tuviera especial interés en estudiar a fondo el conjunto de encíclicas papales que forman un cuerpo de doctrina perfecto sobre la sociedad; examen del estado de la misma para darse cuenta de la multitud de males que la aquejan; estudio de la causa o raíz de donde arrancan tales males; de cómo los mismos no se presentan inconexos entre sí, sino que se entrelazan y derivan hacia extremos cada vez más graves; de que la lucha entre el bien y el mal, entre el reino de Cristo y el reino de Satanás, no es invento de timoratos sino una auténtica y perenne verdad; del único y posible remedio capaz de sanar a la Humanidad de las terribles dolencias de que es víctima, y de los medios adecuados que nos proporciona la Iglesia para conseguir el ideal de una verdadera paz cristiana, resumida en la memorable fórmula: la paz de Cristo en el reino de Cristo.

Claro está que existen situaciones de verdadera urgencia como las que estamos viviendo, alejadas aún bastante de aquel ideal; situaciones que piden a veces, limitándolas en el tiempo y en el espacio, soluciones que sólo pueden admitirse en el terreno de la hipótesis, y en este sentido cabe prudentemente un estudio adecuado de las mismas. Pero en ningún momento cabe dejar en el olvido los remedios positivos, las enseñanzas de los Papas sobre la constitución cristiana de la sociedad, y muchísimo menos tomar lo que siempre ha de ser considerado como un mal menor por el supremo ideal rector del pensamiento y del sentimiento cristianos.

No tenemos datos fehacientes sobre el modo en que se han desenvuelto las «Conversaciones Católicas Internacionales» celebradas en San Sebastián, pero hemos de suponer y esperar que en las mismas haya quedado perfectamente delimitado el terreno entre el ideal cristiano y la hipótesis, así como se haya profundizado el sentir de la Iglesia sobre la caducidad e insuficiencia de los proyectos humanos en orden al logro de una verdadera paz.

Del resultado de dichas «Conversaciones» conocemos las conclusiones aprobadas en las mismas y que se hallan pendientes de aprobación por la Jerarquía eclesiástica. Hemos tenido ocasión de leerlas en la prensa diaria y después de un detenido estudio creemos conveniente apostillar, dentro de nuestra modestia y sencillez, algún extremo de las mismas íntimamente relacionado con los temas más a menudo tratados en nuestra Revista y que esencialmente pretenden ser tan sólo portavoz de las luminosas enseñanzas de los Romanos Pontífices.

En general creemos que hubiera sido conveniente matizar con mayor exactitud la terminología empleada, precisando especialmente algunos conceptos que es muy posible no sean de fácil entendimiento por quienes, debido a causas diversas, no estén familiarizados con las encíclicas papales. Así, por ejemplo, al consignarse en una de las conclusiones que «hay que deplorar que la nueva organización de las naciones no haya llegado hasta el presente a disipar las angustias de los pueblos ni dar al mundo la paz verdadera», es obvio que no ha de entenderse en el sentido de que la actual organización internacional pueda estructurar la verdadera paz, y es muy probable que sea ésta la interpretación de la frase reproducida, porque según enseñan los Papas, la Iglesia «es la única que puede, no sólo arreglar la paz por el momento, sino afirmarla para el porvenir conjurando los peligros de nuevas guerras» (Encíclica *Ubi arcano Dei*), lo que no sería excesivo consignar explícitamente, incluso copiando literalmente las mismas palabras del Pontífice.

En la propia conclusión se añade: «para ser duradera la paz no puede ser edificada sino sobre un fundamento: la justicia», y eso que es certísimo es lástima no haya sido completado en debida forma. ¿Por qué no añadir a renglón seguido que también la justicia necesita estar suavizada por la caridad, «virtud apta por su misma naturaleza para reconciliar los hombres con los hombres», como dice Pío XI en su mencionada encíclica? Aunque se sobrentendiera cuán necesaria es la intervención de la caridad, en no menor grado que la justicia, en todo intento de lograr una paz digna de este nombre, no era inútil decirlo de un modo expreso, sobre todo si se considera que «la verdadera y genuina paz —según escribe el Doctor Angélico— pertenece más bien a la caridad que a la justicia, ya que lo que ésta hace es remover los impedimentos de la paz, como son las injurias, los daños; pero la paz es un acto propio y peculiar de la caridad» (Enc. cit.); por lo que podemos repetir con Benedicto XV: «No hay paz duradera ni son posibles convenios estables de concordia, por largas y laboriosas consultas que costasen y por santos que fuesen los propósitos con que se firmaran, si no se da de mano a los odios y enemistades, mediante una reconciliación de mutua caridad» (Enc. *Pacem Dei munus*).

Muy alentadora es la conclusión declarando la urgente necesidad de «poner en obra las directrices del Soberano

Pontífice en materia internacional, propagando por todas partes, y ante todo en los medios católicos, la doctrina de la Iglesia y contribuyendo las organizaciones necesarias para que ésa halle su plena resonancia y eficacia; pero tampoco hubiera sido inútil una especificación más concreta de los principios fundamentales de dicha doctrina, tal como han sido formulados repetidas veces por el supremo magisterio eclesiástico, y que tal vez habría sido fácil recordar con la simple reproducción de algún pasaje de la *Ubi arcano Dei*, como el siguiente: «Se necesita una paz que llegue al espíritu y le tranquilice e incline y disponga los hombres a una mutua benevolencia fraternal. Y no hay semejante paz si no es la de Cristo; o bien aquel otro explicativo del anterior: «No hay paz de Cristo sino en el reino de Cristo, y no podemos nosotros trabajar con más eficacia para afirmar la paz que restaurando el reino de Cristo».

Magníficas y de indudable trascendencia nos parecen otras conclusiones como la referente al desarrollo de la propaganda católica en el terreno internacional, «como agencias informativas, periódicos, publicaciones literarias, casas editoriales, etc.», y a la conveniencia de «estimular

de manera práctica a los escritores católicos». Interesantísima en alto grado la sugerencia de fundar Universidades católicas en todos los países, creando entre las mismas una relación estrechísima que se traduzca en un intenso intercambio «de informaciones, servicios y temas». Acertada la conclusión de que los católicos han de preocuparse —claro está dentro de los límites de la prudencia— de «las ideologías adyacentes a los grandes movimientos político-económicos». (Dicho sea de paso: ¿Por qué no mencionar por su propio nombre al liberalismo?)

No hemos de insistir más sobre el particular. Celebraremos sinceramente que el éxito de las «Conversaciones Católicas Internacionales», tan brillantemente iniciadas en el presente año, vaya en aumento en años sucesivos, dando abundante y sazonado fruto.

¡Ojalá llegásemos todos a comprender y a sentir en lo más hondo de nuestro corazón, la trascendencia inmensa que habría de tener para la sociedad la restauración del reino de Cristo! ¡Ojalá supiéramos entender que trabajando por esta restauración realizaríamos la más noble y más eficaz labor para la consecución y afianzamiento de la única posible y verdadera paz!

J. O. C.

La conspiración comunista

III.—UNA ESPERANZA ROJA: LA REVISTA «THE PROTESTANT»

Una de las esperanzas de los rojos, para provocar trastornos en los Estados Unidos, ha sido y continúa siéndolo la revista «The Protestant». Esto demuestra que toda actitud que redunde en favor del Soviet, inevitablemente se combina con la guerra en contra de la Iglesia Católica.

La publicación mencionada, aun cuando se llame protestante, no es órgano oficial de ninguna denominación o secta. Desde sus comienzos, ella ha sido una tribuna violentamente prosoviética y vituperablemente anticatólica. En algunas ocasiones su editor, Kenneth Leslie, ha logrado valerse de cierto número de pastores protestantes para respaldar puntos de vista que en determinados momentos han coincidido con lo que la Rusia Soviética quiere que se diga. Dudo de que muchos de esos pastores sepan, en realidad, quién es el amo al cual sirven.

La revista comenzó a publicarse hace siete años, en la época del pacto suscrito entre Hitler y Stalin. En aquellos días la dictadura soviética buscaba «reservas» contra la Iglesia Católica, empeñada como entonces estaba en tomar posiciones, para el caso de que sobreviniese un choque decisivo entre el Soviet y las naciones democráticas.

Los «incondicionales» de Moscú

La revista «The Protestant» sirve bien a los intereses del Kremlin, por lo menos en lo que concierne a los Estados Unidos. Por esa razón solapadamente recibe el auxilio de los rojos, que la respaldan con verdadero entusiasmo. Ha publicado artículos contra la Iglesia, suscritos por escritores del Partido, como el reciente, intitulado «El Vaticano Atiza la Guerra en China», de Abraham Chapman, uno de los editores del «Daily Freiheit» y frecuente colaborador en el «Daily Worker». La revista fomenta un nuevo fanatismo «kukluxklánico» contra los católicos, valiéndose del señuelo de una «Santa Inquisición» americana.

Simultáneamente, Leslie vira de conformidad con las exigencias de las tácticas soviéticas. Se amolda a todos

los cambios de «línea» con lealtad y disciplina que emulan la de los mejores comunistas. En los años recientes, especialmente desde 1945 en adelante, «The Protestant» ha sido una «autoridad» que el «New Times» (disfraz contemporáneo de la desaparecida revista «La Internacional Comunista», órgano del Komintern) cita en tono doctoral, copiando de ella textos que se manipulan para urdir los ataques soviéticos contra la Iglesia Católica en los Estados Unidos. Leslie y su publicación sirven fielmente al plan moscovita, cuyo fin es poner fuera de combate a la Iglesia Católica, el más formidable obstáculo moral que se opone a la dominación del Soviet en el mundo.

En su Encíclica sobre el Comunismo Ateo, Pío XI hace una advertencia a la Cristiandad con el objeto de que perciba en todo su significado cuál es la meta que el Soviet se ha propuesto alcanzar. Sin eufemismos ni titubeos, el Papa estigmatiza a los líderes comunistas llamándolos «los más persistentes enemigos de la Iglesia que, desde Moscú, dirigen la lucha contra la Civilización Cristiana».

La Encíclica hace notar, asimismo, que las huestes soviéticas han lanzado «incesantes ataques, de palabra y con hechos» contra el Papado. Empero, también advierte algo más que los católicos debieran ponderar cuidadosa y profundamente, esto es, que las huestes rojas se valen de «estratagemas insidiosas» para seducir y confundir «inclusive a personas bien intencionadas», y para desorientar «pérfidamente» a los católicos, en relación con los verdaderos fines del comunismo. ¡Acabar con la Iglesia!

Mi experiencia personal me ha enseñado que nada es tan evidente como la firme determinación con que las huestes comunistas están empeñadas en acabar con la Iglesia Católica y, como consecuencia de lo mismo, en acabar con todos aquellos que perseveren en su adhesión al catolicismo. En el verano de 1945, cuando yo me aprestaba para abandonar las filas directoras del comunismo, a mi escritorio llegaba en abundancia el mismo material anti-



Luis F. Budenz

católico que, también en esa época, publicaba asiduamente el «New Times».

En el número de julio de 1945, de la publicación a que acabo de referirme, apareció un artículo de D. Melnikov intitulado «El Vaticano y los Problemas de la Organización de la Postguerra». Ese artículo marcó la pauta a la propaganda comunista y anticatólica que inmediatamente después se difundía en todo el mundo. Al declarar que el Papado es «irremediablemente fascista», Moscú provocó el comienzo de una nueva lucha a muerte contra la Iglesia y contra sus Jefes espirituales.

Cuando los dictadores soviéticos colocan sobre alguien el sambenito de «fascista», los agentes comunistas de todo el mundo saben que ha sonado la hora de hacer cuanto sea posible, por la fuerza o por la astucia, para destruir al enemigo «fascista».

La «condenación» de Melnikov es, en este caso, extremadamente locuaz. Con obvia falsificación de la historia, él asevera: «En el período que precedió a la guerra, el Vaticano apoyó invariablemente en todos los países, las fuerzas reaccionarias que nutrían la bestia nazi. Lo hizo en forma tal que Europa entera se abismó en la más sangrienta de todas las guerras. Durante el conflicto, deliberada y persistentemente, la política del Vaticano tuvo como objeto salvar al fascismo de la derrota y de la consiguiente destrucción; el Vaticano tejió intrigas contra la unidad de las Grandes Potencias Aliadas y fraguó planes para el logro de una paz negociada. ¿Cuáles habrán de ser entonces las bendiciones con que el Vaticano pretende salvar a la humanidad, en momentos en que ésta se enfrenta a muy graves problemas y, sobre todo, a los difícilísimos problemas de la organización de la postguerra?»

El oráculo de los comunistas

Por supuesto que Melnikov sabe responderse a sí mismo. He aquí sus palabras: «No cabe ninguna duda respecto a la naturaleza de los planes de postguerra que el Vaticano auspicia en Europa. Esos planes están impregnados en un espíritu de reacción tenebrosa y son fundamentalmente adversos a los intereses de los pueblos europeos, a la libertad de esos pueblos y la paz entre las naciones».

Melnikov, que no queda satisfecho con esas falsedades, agrega en seguida: «Las actividades del Vaticano, fuera de Europa, no son ni menos reaccionarias ni menos antidemocráticas». ¿Cuál es la gran autoridad en que se basa el oráculo moscovita para lanzar tan burdas acusaciones? Nada menos que la revista «The Protestant», el órgano de Kenneth Leslie.

En una conclusión triunfante, Melnikov proclama la consigna que en la lucha debe enervorizar a los comunistas de todo el mundo: «Hoy el Vaticano actúa como agente de una reacción extrema que se aprovecha de todas las oportunidades para proseguir sus actividades subversivas en pro del fascismo».

La locuacidad de Melnikov no constituye sino una urdimbre de mentiras, desde el principio hasta el fin. Una y mil veces se han hecho evidentes los incesantes esfuerzos con que el Vaticano ha luchado contra el fascismo. En la misma semana en que se hizo pública la Encíclica sobre el Comunismo Ateo, aparecía también la Encíclica antinazi «Mit Brennender Sorge». Este último documento sólo pudo distribuirse en Alemania venciendo gravísimas dificultades, no obstante las cuales pudo llegar a centenares de millares de manos, gracias al celo heroico de los propagandistas católicos. La misma prensa comunista tuvo que reconocer el hecho, aun cuando a regañadientes. Los esfuerzos del Papa, para suavizar los horrores de la guerra y para lograr el pronto advenimiento de la paz, se hacían en beneficio de ese mismo mundo que hoy gime asolado por los efectos espantosos del conflicto. Los pronunciamientos pontificios, en pro de la reforma social y de las reivindicaciones de las clases trabajadoras, tienen por fin procurar el bien del hombre común, un bien que el régimen de esclavitud del fascismo rojo no podría proporcionar jamás.

Enturbiando las aguas cristalinas

A pesar de toda la inicua falsedad que contiene, la propaganda desencadenada por Melnikov ha sido como piedra que cae en un estanque y que remueve y agita el fango de su fondo. Los comunistas se han encargado de difundir esa propaganda en todos los ámbitos del orbe. Todos los directores de publicaciones comunistas han tenido que valerse de ella, en la medida en que lo permitían las condiciones de sus respectivos países, para tratar de socavar los cimientos de la Iglesia Católica. En virtud de la consigna de Melnikov los comunistas de los Estados Unidos se atrevieron a publicar el infamatorio artículo que en abril del año 1946 apareció en «Political Affairs», libelo que contiene resbaladizas insinuaciones en el sentido de que debiera existir una reacción protestante «contra la creciente riqueza e influencia de la Iglesia». Fué entonces, siguiendo la palabra de orden de Melnikov, que se señaló a los comunistas la tarea de maquinari la división entre la Iglesia docente y la discente, esto es, entre los fieles y la jerarquía, iniciando ataques contra los Obispos católicos, virulentos como el que desencadenó contra el Cardenal Spellman el conciliábulo comunista de Nueva York.

La campaña de diatribas y calumnias contra la Iglesia Católica, contra sus Jefes espirituales, continúa agitándose furiosamente en las páginas del «New Times». En mi siguiente artículo hablaré de las estratagemas de que se valen los comunistas para llevar adelante sus luchas, de las falsedades que los líderes del partido emplean deliberadamente —como ellos se confiesan entre sí— «para cegar con arena los ojos de los católicos».

Luis F. Budenz

El discurso del señor Truman en la Conferencia de Petrópolis

Objetivos de la Conferencia

La Conferencia Interamericana de Petrópolis, que ha reunido a los representantes de los países de América con el fin de estudiar los métodos conducentes a «conseguir el mantenimiento de la paz y de la seguridad continentales, inspirados por el deseo de consolidar y reforzar sus relaciones de amistad y buena vecindad», ha cristalizado en la firma de un Tratado de solidaridad y arbitraje, destinado a rechazar los actos de agresión que pudieran cometerse contra cualquier Estado americano y a reglamentar los medios de pacificación en caso de conflicto interno entre dos o más países.

El Tratado es una consecuencia de los acuerdos adoptados anteriormente en la Conferencia celebrada en Méjico, y presupone una ratificación del Acta de Chapultepec, ratificación que explícitamente se determina en el tercero de los «considerandos» cuando se consigna: «Las altas partes contratantes reafirman su adhesión a los principios de solidaridad y de cooperación interamericanas y especialmente a los establecidos en el preámbulo y en las declaraciones del Acta de Chapultepec, todos los cuales deben entenderse que son aceptados como normas para sus relaciones mutuas y como base jurídica del sistema interamericano».

Examinando sucintamente los términos de dicho Tratado, fluyen espontáneamente los interesantes puntos de vista que trataremos brevemente de resumir. El primero, evidente a todas luces, es la falta casi absoluta de confianza en la organización de las «Naciones Unidas». No dejan de invocarse en el texto, tal vez por puro formalismo diplomático, las obligaciones dimanantes del Estatuto fundamental de la O. N. U.; así, el artículo 1.º afirma que «las altas partes contratantes condenan formalmente la guerra y se comprometen en sus relaciones internacionales a no recurrir a la amenaza o uso de la fuerza de ninguna forma que no esté de acuerdo con las disposiciones de la Carta de las Naciones Unidas», y en el artículo 10 se dispone —concesión no por obligada menos significativa— que «ninguna cláusula de este Tratado se entenderá contraria a los derechos y obligaciones de los Estados contratantes con sujeción a la Carta de las Naciones Unidas»; pero por otra parte se especifica terminantemente la obligación para las naciones americanas de buscar solución a las controversias que pudieran suscitarse, a través «de los procedimientos en vigor en el sistema interamericano, antes de referirlas a la Asamblea general o Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas» (Art. 2.º). He ahí por donde se descalifican o al menos se apartan con marcado recelo los supremos organismos creados en la euforia de la victoria guerrera; descalificación o desprecio tanto más grave cuanto se suscita precisamente por uno de los Estados que con sin igual insistencia porfió en el establecimiento del que había de ser, según sus fundadores, instrumento de paz y de fraterna convivencia.

En segundo lugar, se refuerza con específicos y recíprocos deberes la doctrina de Monroe, al pretender arreglar los posibles conflictos que surjan en el Hemisferio Occidental, incluso los que nazcan fuera del mismo, a través de un sistema exclusivo, que en teoría puede dar resultados satisfactorios, pero que precisamente por su carácter regional está expuesto a quedar supeditado al arbitrio de la potencia más poderosa,

Por eso, aun cuando por regla general la mayor parte de comentaristas tratan de enfocar el nuevo tratado en función anticomunista, no han faltado quienes vislumbren una novísima fórmula de la que con razón o sin ella se ha convenido en llamar «diplomacia del dólar», es decir, un medio sutil de control de toda la América en manos de los poderosos vecinos del Norte. Diplomacia que, por otra parte, continúa dando fehacientes señales de vida en algunos países de la América española, como lo demuestra el caso concreto de Méjico, obligado, según ciertos informes que se reciben de aquel país, a destruir sus ganados atacados por la fiebre aftosa, bajo la amenaza de sanciones económicas.

No deja de ser altamente significativo la firma de ese Tratado, cuyo verdadero objetivo no puede explicarlo satisfactoriamente del todo, la llamada política de «buena vecindad», cuya aplicación en tierras americanas esencialmente cristianas ha contribuido en gran parte a introducir subrepticamente doctrinas heréticas, no obstante la protesta de los pueblos ultrajados por la presencia de extraños «misioneros» que intentan apartarlos del camino de la Verdad.

En realidad, el nuevo Tratado interamericano viene a consagrar el estado de alarma en que vive la humanidad y es un exponente seguro de la reducida cuando no nula eficacia de los procedimientos puramente humanos para lograr una pacífica convivencia entre las naciones.

El discurso del señor Truman

En la clausura de la Conferencia de Petrópolis, el señor Truman, presidente de la República de los Estados Unidos, pronunció su anunciado discurso, que era esperado con extraordinaria expectación, no tanto, posiblemente, por la trascendencia que pudieran encerrar para el mundo sus juicios y sus proyectos en sí mismos considerados, antes bien, en razón de poseer en estos instantes la gran nación del Norte el máximo poderío material entre las potencias que tratan de dominar o influir sobre la humanidad entera. Y decimos esto, no para mermar la importancia que puede tener el pensamiento del señor Truman, sino para desentrañar las ideas básicas de su política, cimentada principalmente en la ingenua suposición de la importancia de la fortaleza de los ejércitos y de la producción industrial en orden a la estabilidad de las relaciones internacionales e incluso en la pacificación de los espíritus.

El señor Truman inició su discurso con unas afirmaciones que a primera vista chocan con exceso. Se refirió, en primer lugar, al cúmulo de problemas planteados en esta postguerra y a la íntima naturaleza de los mismos, los cuales han causado al pueblo norteamericano una gran sorpresa. Las dificultades presentes' la insuficiencia de las provisiones humanas, la incapacidad de la técnica y de la diplomacia para solucionar por sí mismas las arduas cuestiones que pudieran suscitarse, habían escapado a la sagacidad de los dirigentes. Con infantil aturdimiento, podríamos decir, afirmó el señor Truman: «No previmos plenamente estos accidentes. Nuestro pueblo no concebía, cuando luchábamos en la guerra que nos veríamos enfrentados por una situación de esta naturaleza cuando terminasen las hostilidades». ¡Oh la ingenuidad de los que se creen poderosos! Ahora resulta que los Estados Unidos no habían previsto una situación que ciertamente no se

presentaba muy oscura ni siquiera a los ojos de los menos avisados. Quizá donde dijo pueblo hubiera sido preferible haber dicho gobernantes, pues el pueblo conocía solamente la parte amable, optimista, de la realidad con objeto de lograr su apoyo incondicional en los azares de la guerra. Pero, ¿cómo es posible que los hombres responsables desconociesen las consecuencias de una política, de unas alianzas, de unas ideas que llevan indefectiblemente en su seno el germen de los graves peligros que amenazan en nuestros días a la sociedad? Incluso en el aspecto de la política no es concebible tamaña imprevisión, pues, ¿no advirtió el Papa en los primeros días de la última guerra, que *«la triste experiencia enseña que los medios externos solos y las precauciones humanas y los expedientes políticos no producen lenitivo alguno eficaz a los males que aquejan a la humanidad»?* (1).

«Yo no diré —confiesa el señor Truman— que no hayamos cometido errores, pero creo que los elementos de la política que hemos desarrollado hasta ahora son sanos y justificados.» Quizá por lo que hace referencia al poderío industrial y comercial de la gran nación americana haya algo de verdad en esta última apreciación; sin embargo, es muy dudoso que pueda decirse lo mismo por lo que hace referencia a una estructuración justa y eficaz del mundo surgido de una guerra feroz y sanguinaria. Una de las más grandes equivocaciones de las potencias triunfantes, ha sido precisamente la de confundir el triunfo de las armas con el inicio de la paz, y no se han dado cuenta o no han querido comprender que la verdadera paz no puede levantarse sobre el odio, la destrucción y el desprecio hacia los legítimos derechos ajenos, incluyendo a los países derrotados; que la rendición incondicional puede tan sólo afectar al aspecto puramente militar, pero en ningún caso es legítimo amparándose en tan precario argumento, destruir a un pueblo — que tiene en los planes de Dios, como los restantes pueblos, una misión a cumplir— convirtiendo a sus habitantes en simple mercancía, o impidiéndoles y negándoles un medio humano y decoroso de subsistencia. No queremos juzgar sobre casos concretos, pero mientras no se demuestre lo contrario, hemos lógicamente de poner en tela de juicio la existencia de una política sana y justificada.

No tratamos de responsabilizar con ello a los pueblos cuyos gobernantes no hayan obrado de acuerdo con las más elementales normas de justicia, con los dictados del derecho natural; no pretendemos afirmar tampoco, que las naciones que viven al margen de la única religión verdadera sean totalmente incapaces de dar algún fruto aceptable, o que no puedan tener sus individuos un margen de buena voluntad. Tenemos muy presente las palabras del Sumo Pontífice sobre el particular, y a ellas, como en todo, nos atenemos. «Afortunadamente —explica el Papa—, no siempre los principios erróneos ejercitan absolutamente su influjo, sobre todo cuando las tradiciones multiseculares, de las que se han nutrido los pueblos perseveran todavía (sí bien en la subconciencia) profundamente arraigadas en los corazones.» No obstante, no puede ser ello suficiente, porque «no se debe olvidar la esencial insuficiencia y fragilidad de toda norma de vida social que descansa sobre un fundamento exclusivamente humano, se inspire en motivos meramente terrenos y haga consistir su fuerza en la sanción de autoridad únicamente externa» (2).

Ha dicho, además, el señor Truman, que el objetivo final de los Estados Unidos es la realización de una «paz mundial permanente»; que para conseguirlo, están «decididos a seguir siendo fuertes», y que sus planes para la paz suponen «una comunidad de naciones, despertadas y aunadas por los espantosos sufrimientos y las tremendas pérdidas, dándose cuenta más que nunca de la necesidad

de tolerancia y consideración mutua, de dedicarse a la tarea de la reconstrucción pacífica». ¡Triste paz la que haya de apoyarse en tan precarios fundamentos! ¡No; no es este el precio con el cual puede obtenerse la paz verdadera!

Precisamente, el Sumo Pontífice —ha hecho ahora un par de años— explicaba a unos representantes del Congreso de los Estados Unidos, la naturaleza de la paz cristiana, y precisaba los valores con los que podía adquirirse tan preciado don: «Ningún agente humano —aleccionaba el Vicario de Jesucristo— podrá sondear la profundidad y medir la extensión y amplitud de los sufrimientos, las penas, las angustias y la horrible desolación que ha torturado los cuerpos y las almas de los hombres durante estos largos años. *Todo esto viene a dar, según los cálculos humanos, el precio con que se debe pagar una estable y duradera paz. Pero, ¿puede bastar esto? Dios sabe, y los hombres de recto criterio lo debían saber, que la paz se adquiere con muy distintos valores: fidelidad, justicia, caridad. A ningún otro precio se puede obtener la paz»* (3).

¿Fue comprendida la exhortación del Papa? ¿La han tenido en cuenta, «los hombres de recto criterio»?

Otros muchos aspectos del discurso merecerían igualmente un pequeño comentario, pero la escasez de espacio nos impide intentarlo; nos limitaremos a un último extremo que indudablemente es revelador.

«El porvenir es de los que creen...»

Casi al final de su alocución, el señor Truman expuso los siguientes puntos de vista: «El viejo mundo está agotado y su civilización en peligro... Su esperanza tiene que residir en este mundo nuevo nuestro... Los enfermos y los hambrientos no pueden construir un mundo pacífico. Hay que tener el apoyo de los fuertes y libres. No podemos confiar en que los más débiles que nosotros consigan una paz para que nosotros la disfrutemos... A nosotros los jóvenes y fuertes es a los que corresponde erigir los baluartes que han de proteger la Humanidad de los horrores de la guerra, y para siempre».

Esta parte del discurso se nos antoja como un intento de explicación de unas palabras pronunciadas por el Pontífice en fecha muy reciente, y en la cual hablaba ciertamente de intrepidez, de vigor y de firmeza: «Intrépidos entre los cobardes», amonestaba a los fieles, porque «el porvenir es de los vigorosos que esperan y actúan con firmeza». Seguramente, el señor Truman no ha interpretado —si verdaderamente lo intentó— con toda exactitud el pensamiento del Papa; pensamiento que fluye espontáneamente del total de su exhortación. No dijo el Pontífice que los débiles de la tierra, es decir los que no posean bienes materiales, o los tengan en mínima cantidad, no puedan conseguir el reinado de la paz; no dijo, ni muchísimo menos, que los poderosos, los que posean ejércitos inmensos, los que pueden saciar todas sus necesidades y hasta sus caprichos, los que tienen una industria floreciente, puedan proteger para siempre a la Humanidad de los horrores de la guerra. Precisamente el sentido de las palabras del Soberano Pontífice —ni sería necesario indicarlo— es muy distinto. Ciertamente es que hemos de ser «intrépidos entre los cobardes», ya que «el porvenir es de los vigorosos que esperan y actúan con firmeza»; pero no olvidemos que hemos de ser igualmente «creyentes entre los incrédulos, confiados entre los descorazonados y amantes entre los escépticos sin amor», porque también el porvenir «es de los que creen, no de los escépticos y vacilantes... El porvenir es de los que aman, no de los que odian» (4).

¡Cuánta diferencia no hay entre ambas concepciones

(1) Pío XII. Encíclica *Summi Pontificatus*.

(2) Pío XII. Enc. cit.

(3) Pío XII. Alocución a un grupo de representantes del Congreso de los Estados Unidos. (17 de septiembre de 1945).

(4) Pío XII. Discurso al Sacro Colegio Cardenalicio (2 de junio del presente año).

del sentido de la fortaleza, en un mundo corroído por la incredulidad, el escepticismo y el odio!

* * *

Se habla mucho, muchísimo, de los principios cristianos, de la importancia de los valores del espíritu; se invoca también a veces el Santo Nombre de Dios, y hasta de la fe en Jesucristo. Pero, por regla general —y no constituye ninguna novedad—, se hace muy difícil calibrar exactamente el verdadero contenido de tales expresiones cuando el que las pronuncia no parece discurrir en el terreno de la estricta ortodoxia. Y como la insistencia sobre estos particulares es a menudo ocasión de extrañas confusiones, bueno será recordar sobre este particular el pensamiento de la Iglesia, magistralmente expuesto por Su Santidad el Papa Pío XI, en su encíclica *Mit brennender Sorge*:

«No puede tenerse por creyente en Dios el que emplea el nombre de Dios retóricamente, sino el que une a esta veneranda palabra una digna noción de Dios...

»La fe en Dios no se mantendrá por mucho tiempo pura e incontaminada si no se apoya en Jesucristo...

»La fe en Jesucristo no permanecerá pura e incontaminada si no está sostenida por la fe en la Iglesia, co-

lumna y fundamento de la verdad. Cristo mismo, Dios eternamente bendito, ha erigido esta columna de la fe; su mandato de escuchar a la Iglesia, y de percibir en las palabras y los mandatos de la Iglesia sus mismas palabras y sus mismos mandatos... El que atenta contra esta intangible unidad, quita a la esposa de Cristo una de sus diademas con que Dios mismo la ha coronado; somete el edificio divino, que descansa en cimientos eternos, a la revisión y a la transformación por parte de arquitectos a quienes el Padre celestial no ha concedido poder alguno...

»La fe en la Iglesia no se mantendrá pura e incontaminada si no está apoyada en la fe al Primado del Obispo de Roma... *La fe en Cristo, en la Iglesia y en el Primado están en sagrada trabazón de mutua dependencia.*»

Por eso «la vuelta de los particulares y de la sociedad a la ley de la verdad de Cristo y de su amor — es decir, el retorno a la «unidad de doctrina y de fe» —, junto con «el reconocimiento de los derechos reales de Cristo», «son la única vía de salvación» (5).

¿Qué importancia puede tener ante esta realidad la política, la fuerza y el poderío económico? ¿Acaso ha de radicar toda nuestra esperanza en los simples e inconsistentes remedios humanos?

José-Oriol Cuffi Canadell

(5) Pío XII. Enc. cit.

Los libros de los desertores comunistas

La literatura sobre Rusia y el comunismo inunda nuestras librerías y revistas. Prueba de que se escribe mucho sobre estos temas y que hay grandes núcleos de lectores curiosos por todo lo ruso: religión, historia, política, ideología, filosofía, psicología, novelas, «cuentos de hadas para niños y jóvenes» (Edit. Molino, Buenos Aires, 1941), y «humor soviético» (Nos, Madrid). Llamam la atención libros redactados por destacados desertores del Komintern o por gentes que huyeron oportunamente de la revolución y del caos. ¿Qué se pretende con esta literatura? Porque a esa venta corresponde una propaganda bien dirigida. ¿Qué pretende esta propaganda? ¿Quién la finanza? No pretende ciertamente convencer a los españoles de la tiranía y crueldad infrahumanas de los bolcheviques, ya que para ello nos basta mirar la Cruz de los Caídos, los templos incendiados, los hogares deshechos, el luto de nuestras madres, las heridas sangrantes de la Patria. Nuestro suelo es una tumba donde descansan los mártires del comunismo internacional. «Sólo es concebible la necesidad de libros anticomunistas para quien haya dejado de ser español o sea un idiota» (M. Karl, en el epílogo de *Sucedió en la U. R. S. S.*, págs. 315-331). Estos libros son, en general, interesantísimos, de lectura apasionante, que se devoran con el atractivo ansioso de una novela bien urdida, policíaca, porque narran peripecias dramáticas, aventuras heroicas, emboscadas rocambolescas, gestas de hombres feroces, que, olvidados de sí mismos y de los fundamentos de la Humadel orden pretérito capitalista en aras de un mundo planificado por ellos en el momento de la orgía y de los resentimientos. [...] Todo ello va mezclado de monografías interesantes, de actos de espeluznante realismo, de batallas y refriegas, de traiciones y represalias, de espionaje y contraespionaje, de misterios y sombras.

* * *

Fijémonos especialmente en los libros escritos por los desertores. Primeramente, ¿quiénes son ellos? El número de dirigentes rusos que «han preferido la libertad» y por

ello se pasan al campo de los «névozvrastchentzi» (aquellos que no vuelven más), como se les llama en Rusia, aumenta de día en día. Muchos han publicado volúmenes autobiográficos. El primero fué L. Trotsky, organizador del ejército rojo y excomisario de guerra. Después de él se han sucedido A. Barmine, encargado de negocios soviéticos en Atenas, a quien le debió parecer un cielo la férrea dictadura de Metaxas en comparación con la tiranía staliniana; acaba de publicar en Estados Unidos sus recuerdos, *One who survived*. V. Kravtchenko, alto funcionario y jefe de la comisión de compras en los Estados Unidos, pudo escapar de las garras moscovitas el 4 de abril de 1944 y publicó un libro con el sugestivo título *I chose Freedom*. Igor Gouzenko fué empleado en la correspondencia secreta de la embajada del Canadá. Sus valientes declaraciones sirvieron para esclarecer el espionaje atómico montado por los quintacolumnistas; sus *Memorias* se imprimen actualmente. Michel Koriakoff, capitán del ejército rojo, condecorado diversas veces, corresponsal de guerra desde 1943, agregado a la embajada de París, donde redactaba las *Nouvelles de la Patrie*. Ha roto con sus señores. Ahora edita en París, en los *Cahiers du Monde Nouveau*, sus impresiones bajo el título *Pourquoi je ne rentre pas en Russie Soviétique*. Cirilo Alexeev, el último en la serie, ingeniero aeronáutico, y uno de los más conocidos constructores de aviones en la U. R. S. S. Agregado comercial a la embajada de Méjico, ha saboreado la libertad y se ha refugiado bajo pabellón norteamericano.

Los libros que han escrito estos y otros desertores, todos traducidos ya al castellano, son de lectura peligrosa; son, a mi entender, elemento activo de propaganda comunista no precisamente porque estén escritos por desertores, aunque ello nunca es una recomendación, sino porque dichos relatos más obran en favor de los bolcheviques que en contra de ellos. Veamos las razones de este juicio:

a) Porque si, ciertamente, la pintura que nos hacen de la vida, costumbres, idiosincrasia, etc., del pueblo ruso son pavorosas, verbigracia, Ayn Rad en *Los que vivimos*

y *La noche quedó atrás*, de Jan Valtin, el mundo contra el que se enderezan las armas rojas no queda mejor librado, «hasta el punto que uno llega a encontrar justificados los procedimientos comunistas para demoler a martillazo limpio el viejo y cuarteado edificio capitalista». (M. Blanco Tobío, *¡Cuidado con esos libros!*)

b) Por otro lado, los «arrepentidos» del Komintern están saturados de ideas marxistas que bebieron en las aulas, por las que lucharon en la guerra, que propagaron fanáticamente, y han sido durante muchos años miembros relevantes y rectores del partido y del gobierno, por lo que muchas veces, sin proponérselo, rezuman comunismo y hacen bandera de ideas específicamente comunistas.

c) Es históricamente cierto y psicológicamente seguro que muchas veces estos «convertidos» no lo son precisamente porque les seduzca más nuestro mundo burgués, nuestro pensamiento, nuestro «ethos», sino porque se sienten traicionados por el partido, alejado, a su entender, de la mística revolucionaria de los inolvidables días de la revolución de 1917. Ellos son «la vieja guardia» de Lenin, a la que no perteneció jamás Stalin, a quien odian rencorosamente porque la fortuna y la traición le elevaron al supremo poder. Anhelan más pureza de ideas, más eficiencia en los hechos, más radicalismo en los procedimientos. Son antistalinianos, pero no antimarxistas. Se duelen de la evolución degenerada del partido, no de las ideas y procedimientos que le dieron vida. Así, por ejemplo, Trotsky se levantó contra Stalin, que ganó la partida. En el destierro, el jefe de la IV Internacional escribió su famoso libro *Stalin y sus crímenes*, que es un panfleto contra su victorioso adversario. Pero Trotsky es fervoroso leninista, acérrimo marxista. Stalin y Trotsky son igualmente comunistas. Nada les separa en el terreno político ni doctrinal. Son dos «comunistas» genuinos, idénticos. Sólo disienten en la intrahistoria del partido: Stalin, ruso, quiere la III Internacional al servicio de Rusia; Trotsky, judío, quiere Rusia al servicio de la IV Internacional. Por lo tanto, este libro, tan extendido en España, es de propaganda comunista directa, y no debiera permitirse su venta. «Trotsky es veneno. Un veneno mortal y, a la vez, muy sutil», dice M. Karl en el prólogo del libro citado. (Cf. *Ecclesia*, 308, 21.)

d) La misma personalidad de estos desertores es un peligroso reclamo comunista, porque se muestran a sí mismos como tipos humanos acabados, privilegiados, superdotados, que no se dan ni se pueden dar en la sociedad burguesa. Se presentan a sí mismos aureolados de virtudes, nobleza, idealismo y sacrificio. Son caballeros andantes del sublime ideal de la redención de las masas que sufren. Han luchado por sus ideales en la guerra mundial, en la revolución de octubre, en el motín provinciano, en la refriega callejera y, tal vez, están mutilados. Sobre sus pechos brillan las condecoraciones preciadas, las que se ganan en el campo de batalla, en el terreno inseguro del espionaje internacional, en la organización secreta de la guerra civil, del alijo de armas, del sabotaje industrial, de la huelga revolucionaria, de la traición a los sacrosantos deberes religiosos y patrióticos, de la quinta columna sombría, traicionera, y, si fuera necesario, del parricidio.

Así, por ejemplo, el general Gualterio G. Krivitsky, principal preparador de nuestra guerra civil, no escatima palabras rimbombantes para autopresentarse como el tipo ideal del hombre moderno *made in Russia*.

Su libro *Yo he sido jefe del Servicio Secreto Soviético* es la tragedia espiritual de su autor. Lo que más interesa es el drama íntimo de un hombre que, fiel a unas ideas y a un ambiente hasta el último momento, sufre luego sobre su propio ser las consecuencias del mismo y acaba incluso perdiendo la vida por haberse resistido a llegar a las últimas consecuencias de aquello que defendió y fomentó. Se «convirtió» porque le pareció mal el pacto germanosoviético, que consideró como una espantosa claudicación. El,

hasta entonces, agente internacional de la política secreta de Moscú, por despecho, por resentimiento o por razones económicas, que de todo puede haber, se declara antistaliniano, pero sigue fervoroso marxista. No formula crítica alguna sobre el régimen, y sólo se limita a acusar a sus hombres más representativos, quizá con el secreto ánimo de substituirlos. Por todo ello, queda asentado que este libro es de propaganda comunista y debería ser retirado de la circulación. Por lo demás, en todas las páginas se siente la suficiencia, el orgullo de haber sido «jefe del Servicio Secreto militar soviético». Los españoles le debemos la organización de la guerra civil.

Idénticas reflexiones podemos hacer sobre A. Barmine: *Soy un superviviente*, no rechaza al comunismo, sino a Stalin y a sus esbirros y adoradores. Jan Valtin, en *La noche quedó atrás*, es un comunista completo y convencido. Ayn Rad, en *¡Vivir!*, es antistaliniano, pero se cree con suficiencia para presentarse como hombre que conoce y aprecia los quilates de la libertad social, política y económica. Si en Rusia staliniana nadie tiene personalidad, él, comunista de Lenin, siente la libertad, la emancipación, y por eso huye del «paraiso» patrio. Así son V. Kravchenko en *Preferí ser libre*, Andrei Taganov, etc.

e) No nos consta que todos estos «convertidos» lo sean sinceramente, y puede ser (la experiencia diaria nos lo atestigua) que más de uno sea un «camuflado» para cazar incautos o sencillamente para propagar ideas en medios donde no entraría de otra manera. Por otra parte, si es cierto que algunos de ellos han sido eliminados por la policía secreta internacional, como Krivitsky, o por espionaje nazi, como Jan Valtin, otros muchos viven, y no en recónditos e inhóspitos parajes desconocidos de los agentes rusos. Unos fueron eliminados por «desertores», los demás no lo fueron porque su desertión era táctica política.

En diversas ocasiones, la Acción Católica protestó contra este género de libros escritos por «desertores» creyéndolos peligrosos y arteros. Revistas católicas, como *Sipe* y la *Estrella del Mar*, llamaron la atención sobre este riesgo. Últimamente, también *El Español* volvió a tratar de ello. Urge, pues, que los directores de la cosa pública tomen cartas en el asunto y que los educadores den la voz de alerta. Si no queremos comunismo en España, no permitamos la propaganda comunista. Porque los españoles maleados por las ideas marxistas compran estos libros, se los prestan, los comentan y con ellos alimentan su espíritu, su añoranza, su rencor. Quiero referirme ahora a los libros de Regina García, *Yo he sido marxista*, y Rafael Miralles, *Españoles en Rusia*, de cuya ortodoxia nadie duda entre nosotros. Sin embargo, las encuestas hechas entre ciertos elementos acusar haber sido leídos estos libros preferentemente por los comunistas no en plan de protesta, sino de oxigenación, aliento, esperanza.

No seré yo quien apruebe las ideas de Walter Schubart en su *Europa y el alma del Oriente* cuando afirma la similitud del alma española con la rusa. Pero ambos pueblos son soñadores, idealistas, espirituales y con facilidad se contagian, máxime cuando han terciado una contienda cruenta en pro de determinadas ideas. De nuestros «equivocados» se puede decir la frase de Turguénef en su estudio sobre *Don Quijote* y *Hamlet*; el escritor documenta el engaño del Hidalgo confundiendo a Aldonza Lorenzo con su Dulcinea y añade: «También yo he visto durante mi existencia a más de dos hombres que han dado su vida por una Dulcinea imaginaria, o por algo que ellos creían grande y bello y era vulgar y mancillado»; entre nosotros existen muchos quijotes que todavía confunden las personas y las ideas. No fomentemos dulcíneas entre quijotes. No permitamos lecturas igníferas entre hombres de paja.

Antonio Garmendia

(De la revista *Hechos y Dichos*, núm. 151, 1947.)

ORIENTACIONES BIBLIOGRAFICAS

Iniciamos hoy en CRISTIANDAD una nueva Sección Bibliográfica. Nuestro propósito no es entrar en las elevadas alturas de la crítica literaria. Otro afán nos mueve: dar a nuestros lectores una simple orientación, adecuada a nuestro criterio católico, sobre aquellos libros, de particular y especial relieve en la actualidad literaria, que pueden referirse a nuestro objetivo e interesar, por tanto, a los asiduos lectores de CRISTIANDAD. Esto es lo que nos proponemos; nada más. Pero también nada menos si se piensa en los actuales momentos de desorientación, en que todas las fuerzas del mal aparecen coaligadas pretendiendo destruir la unidad y la verdad del catolicismo y de sus principios políticos y sociales.

HACIA LA DEMOCRACIA CRISTIANA, por Sir Stafford Cripps. Colección "Los Libros de nuestro tiempo". Barcelona.

Para demostrar que el mundo no tiene salvación si no está impregnado de un hondo espíritu cristiano y democrático, traza Sir Stafford Cripps, un panorama de lo que él considera causas de los males de hoy y, en contraste con ellas, la solución que debe darse a nuestra moderna sociedad para alcanzar su bienestar.

Tras tantos desastres, de todo género, producidos por el liberalismo, hoy existe una corriente (de la que forma parte Mr. Cripps) que ve el remedio para la humanidad en el cristianismo. Loable sería esta visión si ella rompiera con todas las ligazones liberales y propugnara las fórmulas íntegras de la filosofía y la política católicas. Pero los hombres de esa orientación edifican sus sistemas sobre las bases mismas del liberalismo; en el fondo, lo único que han hecho ha sido sustituir la palabra liberalismo por la de democracia, como bandera de su sistema y de sus ideas. Y sobre esas bases falsas quieren levantar un edificio construido con materiales "cristianos". ¿Pero cuáles son esas sustancias integrantes de esos materiales? Vemos, en el caso de Cripps y sus similares, a la herejía; y, en otros muchos casos, los pseudo-principios de aquellos que, proclamándose católicos, no dudan en ir del brazo con propugnadores de doctrinas erróneas y de perdición.

Una cita oportuna de Mr. Cripps, que él no emplea, naturalmente, en el mismo sentido que nosotros, aclarará más la cuestión que planteamos. Dice el autor, en su cap. X ("Un credo para nuestros tiempos"): "Bernard Shaw dijo una vez, con su cinismo habitual, que el Diablo había dado al hombre una inyección floja de cristianismo para inmunizarle contra un ataque más virulento". Y la democracia-cristiana no es más que una inyección floja de cristianismo. Deduzcan, pues, nuestros lectores cual sea el "ataque más virulento" del que se nos quiere inmunizar para que lo suframos sin reacción alguna.

Mr. Cripps no acierta ni en la solución cristiana ni en la solución democrática que nos propone. En la última, porque su modo de entender la democracia es liberal; y querer remediar el liberalismo con democracia liberal es buscar una salida a un callejón que no la tiene. No acierta tampoco en la solución cristiana porque el autor del libro que nos ocupa, es protestante. El propio Cripps reconoce el fracaso de las Iglesias heréticas como rectoras de la humanidad y como fautoras de su salvación, pero, a pesar de ello, sigue terco en su adhesión al sectarismo protestante, al que quiere "vitalizar" con nuevos impulsos y directrices, sin tener en cuenta que la única forma de "vitalizar" a los equivocados es encaminándolos hacia la verdad, hacia la gran Verdad del catolicismo.

En su libro sienta Sir Stafford la necesidad de la unión de las Iglesias y se lamenta que la Iglesia Católica no asista a las reuniones pro-unión de Iglesias y que considere como heréticas a las sectas protestantes. Olvida el autor (o quiere olvidarlo) que las sectas protestantes son eso: sectas; y que si la Iglesia Católica asistiese a

tales reuniones ello significaría el considerarse como una secta más y no como depositaria de la Verdad. Y que tiene que ser intransigente, considerando al protestantismo como herético y tratándolo como a tal, porque la Verdad, en sí misma, es intransigente y si transigiera dejaría de ser Verdad.

En las críticas de Cripps se dejan notar continuamente faltas de respeto a las Iglesias, a las que trata muy "democráticamente", como si fueran sujetos a merced de la pública opinión, trato que nada puede extrañar en un hombre hecho a la teoría protestante del libre examen. Sin embargo, de esas críticas, dos consecuencias pueden ser aplicables a muchos católicos: no hay que ser puramente cristianos de domingo, olvidándonos el resto de la semana de Dios, y hemos de darnos cabal cuenta de que el cristianismo no es sólo para la otra vida, sino que tiene, en este mundo, un espíritu que debe vivificar nuestra vida normal, profesional, política, económica, social.

Razona Sir Stafford en materias económicas y al final se nos declara socialista, justificando que ésta es la única solución buena. De sus razonamientos, uno es digno de encomio: aquel en el que, después de hablarnos de los progresos materiales debidos a la ciencia, nos dice con toda franqueza que "la ciencia desarrollada para mejorar las condiciones humanas puede fácilmente desviarse en el sentido de destruir a la humanidad". Con lo cual rebate a todos aquellos que proclaman el simple progreso material como panacea para el bienestar y la salvación de la humanidad.

Estas condiciones de protestante, liberal y socialista en un defensor de la democracia-cristiana, que nos señala, además, el camino para ir hacia ella, ¿no dicen nada a los católicos que se han enrolado en las banderas políticas demo-cristianas?

Algún rayo de luz se deja entrever en el libro de Mr. Cripps. Rayos de luz que pudieran mover a engaño a quien no fuera advertido o sagaz. Tenues rayos destilados a través de densas nubes que sólo se romperán cuando el autor venza sus prejuicios, dando con ello el primer paso hacia la plenitud de la luz, que es la Verdad católica.

* * *

LA DEMOCRACIA AL DÍA por Sir Stafford Cripps. (Editado en un mismo libro, junto con «Hacia la democracia cristiana», en la Colección «Los libros de nuestro tiempo», Barcelona).

Después de leer detenidamente los documentados y razonados capítulos de esta obra, nos parece más apropiado el llamar «fracaso» de la democracia a lo que Cripps llama «decadencia». Porque, según nos demuestra el propio autor, el individualismo económico del liberalismo ha tenido funestas consecuencias y es necesaria para él, la socialización, la nacionalización de las empresas y la sindicación obrera; declara pernicioso el actual sistema electoral y propugna una solución para lograr una auténtica representación nacional en los Parlamentos; con datos estadísticos referidos a la Cámara de los Comunes demuestra también la ineficacia del actual sistema parlamentario, incapaz de dar cabida eficiente a todas las opiniones nacionales y de dar unas leyes bien meditadas en provecho del bien común.

Nos contentamos con estas sucintas referencias para destacar los puntos principales expuestos en «La democracia al día», de cuya lectura se saca una última y útil consecuencia: la positiva ineficacia de la democracia entendida al modo liberal, para lograr el bien común. Y esta consecuencia se saca claramente de un autor que defiende el sistema democrático pero que al hablar con gran sinceridad nos confiesa implícitamente el fracaso de su democracia liberal, a la que él, no obstante, quiere poner remedio

Luis Luna

Cuevas de Artá

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas Cuevas de Artá

La Revista **CRISTIANDAD** tiene lectores en los siguientes países

Europa

BELGICA: Lieja
INGLATERRA: Londres, Oxford, Newcastle-On-Tyne, Eatsbourne, Chipping Northon
IRLANDA: Dublín, Killaloe, Ballinasloe, Cappoquin, Cashel
ITALIA: Roma, Milán, Florencia, Génova
PORTUGAL: Lisboa, Porto, Coimbra, Braganza, Braga, Leiria, Cova de Iria, Vilanova de Gaia, Covilha, Campo Maior, Foz de Douro, Negrellos, Peniche, Tomar
SUIZA: Zurich, Friburgo, Locarno, Losana, Orsonnens

Asia

INDIA INGLESA: Bombay, Bhavnagar, Bulsar

Africa

MARRUECOS ESPANOL: Tánger, Melilla, Tetuán, Segangan

América

CANADA: Ottawa, Quebec, Montreal, Edmonton
ESTADOS UNIDOS: Nueva York, Wáshignton, Chicago (Illinois), Los Angeles (California), San Pablo (Minnesota), Webster Groves (Misuri), El Paso (Texas), Albuquerque (Nuevo Méjico), San Antonio (Texas), San Agustín (Florida)
ARGENTINA: Buenos Aires, Mendoza, Santa Fe, Tucumán, Salta, Jujuy, Viedma, San Miguel, Pirovano, Morón
BOLIVIA: La Paz

BRASIL: Sao Paulo, Recife, Santos, Braganza Paulista
COLOMBIA: Bogotá, Medellín, Cali, Pasto, Usaquen
COSTA RICA: San José de Costa Rica
CUBA: La Habana, Santiago, Matanzas, Cienfuegos, Pinar del Río, Sancti Spiritus, Camagüey, Ciego de Avila, Florida, Guaimaro, Holguín, La Víbora, Violeta, Nuevitas, Morón
CHILE: Santiago, Concepción, Valparaíso, Los Andes, Talca, La Serena, San José de la Mariquina, Padre Lascasas, Temuco, Viña del Mar
ECUADOR: Quito
EL SALVADOR: San Salvador
GUATEMALA: Ciudad de Guatemala, Quezaltenango
HAITI: Puerto Príncipe
MEJICO: México, Puebla, Guadalajara, Goyoacán, Tampico, Chihuahua, Cuquío, Morelia, Mérida del Yucatán
PANAMA: Ciudad de Panamá
PARAGUAY: Asunción
PERU: Lima, Miraflores, Magdalena del Mar
PUERTO RICO: San Juan, Ponce, Aibonito
REPUBLICA DOMINICANA: Ciudad Trujillo
TRINIDAD: Puerto España
URUGUAY: Montevideo
VENEZUELA: Caracas, Mérida, Valencia, Bucaramanga

Oceanía

AUSTRALIA: Sydney
FILIPINAS: Manila

MAQUINARIA Y ACCESORIOS
PARA LA
INDUSTRIA TEXTIL

Hijos de A. Ferrer Dalmau, S. en C.

Ronda San Pedro, 70, pral. - Telef. 23789

BARCELONA

SUMINISTROS EXCLUSIVAS RADIO

Sepúlveda, 83

Barcelona

Industrial Anónima G. V. C.

MANRESA

Reservado **V. S. G.**

BARCELONA

H. H. de J. ROMEU, S. L.

Vía Layetana, 5

BARCELONA

CONFITERIA PASTELERIA

TOMAS LLACH

Nápoles, 230 - Telef. 50597 - BARCELONA

INDUSTRIAS DERIVADAS DEL CEMENTO

M O R E R A

PIEDRA ARTIFICIAL - CEMENTO ARMADO
TUBERIAS - GRANITOS - MOSAICOS - PANOTS

Luchana, 81-83 - Telef. 50571

BARCELONA

O. E. S. A.

BARCELONA

C. C.

Enrique Servent

CONTRATISTA DE OBRAS

Mayor de Gracia, 7, 2.º, 2.º - Telef. 72049 - BARCELONA

LUIS COMAS BRES

ESCULTOR

Beato P. Claret, 21, 1.º

VICH

CORDELERIA DE ALGODON

Valentín Bonastre

Calle Era Uguet, s/n - Telef. 1572
(Frente Sanatorio de San José)

Manresa

ARCAS Y BASCULAS
SOLER S/A
DE MAXIMA GARANTIA
ALDANA 3 Y 5 Tel. 31853 BARCELONA (JUNTO TEATRO OLYMPIA)

